



Alejo Abutcov

Tomo I

Artículos y cuentos

Diego Bosquet (Editor)

Biblioteca Digital UNCUIYO
Mendoza, Argentina - 2019

Publicación financiada a través del subsidio otorgado por la Secretaría de Investigación, Internacionales y Posgrado (Universidad Nacional de Cuyo) al Proyecto de Investigación “Edición crítica de las obras de Alejo Abutcov” (Director: Diego Bosquet).

Equipo de investigación

Diego Bosquet (Director)

Mario Masera (Codirector)

Luciana Orellana

Lucas Ramallo

Mariana Ruiz Díaz

Cintia Ibarra

Juan Vera

Ernesto Sueldo

Sebastián Arancibia

Ruy Facó

Ficha técnica de este tomo

Traducción:	Inna Oganesian, Diego Bosquet
Transcripción de textos:	Lucas Ramallo, Juan Vera, Diego Bosquet
Revisión de textos:	Mariana Ruiz Díaz, Ernesto Sueldo, Diego Bosquet
Edición y notas:	Diego Bosquet

Publicaciones de la Biblioteca Digital UNCUYO

Biblioteca Digital / UNCUYO

 **SID** Sistema Integrado de Documentación
SECRETARÍA ACADÉMICA | UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



Índice

Alejo Abutcov: reseña biográfica	5
Introducción	7
¿En qué consiste la verdadera libertad?	11
Cartas del campesino [I]	16
Cartas del campesino II	20
Cartas del campesino III.....	26
Algunos pensamientos desconocidos de León Tolstoi sobre la iglesia	31
<i>Yurodivy</i>	33
Sobre la organización de colonias	43
Fragmentos de recuerdos sobre L. N. Tolstoi	46
Un extraño sueño	53
Abuelita Matriona	62

ALEJO ABUTCOV: Reseña biográfica

Alejo Vladimir Abutcov (Aleksei Vladimirovich Abutkov) nació el 12 de marzo de 1875 en Chebotaievka, provincia de Simbirsk (ahora Ulianovsk), en el seno de una familia de nobles y terratenientes. Realizó sus estudios secundarios entre los años 1884 y 1892, en el *Gymnasium* de Simbirsk. Sus estudios universitarios los realizó entre 1893 y 1896 en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Imperial de Moscú. Al finalizar la universidad, regresó a Simbirsk. Allí prestó sus servicios en el Batallón de Reserva de Surski y al año siguiente, en 1897, comenzó a trabajar como oficial de comisiones especiales en la Cámara de Estado de Simbirsk. A instancias de su padre, solicitó el traslado a un departamento dentro del Ministerio de Finanzas, en San Petersburgo. En esta última institución trabajó desde 1898 hasta 1914, realizando una importante carrera como funcionario civil, ya que en muy pocos años ascendió de Secretario de Gobierno (rango XII) a Consejero Colegiado (rango VI), además de obtener por sus méritos la Orden de Santa Ana en 1908. En 1899, Abutcov ingresó al Conservatorio de San Petersburgo como alumno de composición. Su profesor principal fue el compositor Nikolai Soloviov, y entre sus otros profesores podemos destacar a Nikolai Rimski-Korsakov, Aleksandr Glazunov y Anatoli Liadov. Allí obtuvo su diploma de “Artista Libre” en 1907, con destacadas calificaciones en todas las asignaturas. Entre 1904 y 1905, Abutcov suspendió temporalmente sus estudios por haber sido reclutado para combatir en la Guerra ruso-japonesa (1904-1905). Luego de egresar del Conservatorio, comenzó a trabajar como profesor de piano, armonía, contrapunto y fuga en la Capilla Coral Imperial de San Petersburgo. Escribió un *Manual de contrapunto, canon y fuga* que se convirtió en texto oficial de estudio en esta institución. Por estos años también se dedicó a la enseñanza en el conservatorio particular de Grigori Zaslavski. Luego de la Revolución de 1917, Abutcov regresó a Simbirsk y fundó el primer conservatorio de esa ciudad. Allí fue arrestado en 1919, por su ideología tolstoiana (afirmaba haber sido amigo y discípulo de León Tolstoi), y fue enviado a prisión en Moscú. En el año 1920, luego de su liberación, recorrió distintas localidades con el objeto de formar una colonia tolstoiana: Simbirsk, Kiev, Jersón y Odesa, empresa en la que no obtuvo éxito. Sin dudas, la persecución ideológica de la que era objeto lo obligó a emigrar, y es así que

en 1922 ya se encontraba en la ciudad de Varna, en Bulgaria, y desde allí se trasladó a Francia. En el lapso de unos pocos meses, Abutcov se embarcó junto con una compañía francesa de revistas rumbo a Sudamérica. Alejo Abutcov llegó a la Argentina a comienzos de 1923. Luego de instalarse en la ciudad de Buenos Aires, realizó algunos conciertos en Uruguay y Chile con una compañía de ópera y ballet ruso que lo contrató como director de orquesta. En Buenos Aires fue miembro de la APO (Asociación del Profesorado Orquestal), dio clases particulares, tocó el piano en cafés y restaurantes, y trabajó como docente en algunas instituciones de enseñanza musical. En 1924, se radicó en la Colonia San Pedro del Atuel, en el departamento de General Alvear, al sur de la provincia de Mendoza. Adquirió un amplio terreno en esta colonia agrícola con el objetivo de formar una colectividad tolstoiana. En 1928, fundó en la ciudad de General Alvear el conservatorio "Schubert", primera institución de enseñanza musical en el sur de la provincia de Mendoza. Abutcov era, además de director fundador, el único profesor del conservatorio: daba clases de teoría y solfeo, piano, violonchelo, viola, violín, canto, guitarra, armonio, mandolín, trombón, acordeón, bandoneón, composición e historia de la música. Alejo Abutcov murió en la ciudad de General Alvear el 25 de agosto de 1945. El 18 de abril de 1996 fue sobreesido por el gobierno ruso.

Introducción

Con la edición de este tomo iniciamos la tarea que nos hemos propuesto de publicar la totalidad de las obras disponibles del compositor ruso Alejo Vladimir Abutcov (Aleksei Vladimirovich Abutkov). Antes de publicar las partituras de sus composiciones, creímos conveniente que saliera a la luz este primer tomo con sus artículos y cuentos que aparecieron originalmente en diversas publicaciones periódicas argentinas. Estos textos no son musicales, sino ideológicos. No obstante, nos ayudan a comprender la postura de Abutcov frente a la vida y a justificar sus decisiones pedagógicas y estéticas mientras vivió en la Argentina.

Los artículos y cuentos que aparecen en este libro fueron publicados por revistas explícita o implícitamente vinculadas con el ideario anarquista: *La campana de palo*, *Claridad*, *Golos truda*, y *Seiatel / Sembrador*. Creemos que esta publicación constituye un aporte en varios sentidos. En primer lugar, ponemos a disposición de todos los interesados estos artículos que aparecieron en revistas que actualmente, en varios de los casos, son de muy difícil acceso. En segundo lugar, hemos traducido al español todos los artículos que originalmente estaban en ruso. Finalmente, y para facilitar la lectura y comprensión de los textos, corregimos la redacción y las erratas que estaban en los originales, y hemos agregado notas explicativas.

Pese a la diversidad de formatos, todos los textos aquí presentados tienen algo en común: son propagandísticos del tolstoianismo, incluso cuando en algunos de ellos ni siquiera se nombre a esta ideología ni a Tolstoi. Entre los textos incorporados, hay dos en los que Abutcov aparece no como autor, sino como traductor. Nos pareció importante su inclusión porque, a través de ellos, se refuerza el carácter publicista de la participación de Abutcov en las revistas.

Los artículos se presentan ordenados cronológicamente, y el período de publicación cubre un lapso que va desde 1925 hasta 1934. Todas las revistas fueron editadas en Buenos Aires. No obstante, la localización de los artículos no fue una tarea fácil. La copia de los ejemplares de *La campana de palo* la obtuve en la biblioteca de la Federación Libertaria Argentina. En la biblioteca del CeDInCI (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas) pude acceder a los ejemplares microfilmados de la revista *Claridad*. Para *Golos truda* tuve que recurrir al archivo del International Institute of Social History, de Ámsterdam. Nonna Mijailovna Scheuermann, hija de tolstoianos y ahijada del

editor y ejecutor testamentario de Tolstoi, Vladimir Chertkov, me facilitó copias de los cuentos que Abutcov publicó en *Seiatel / Sembrador*.

Me permito aquí hacer una referencia a un artículo aparecido en *La campana de palo*, que no figura entre los artículos publicados en este libro, ya que no fue escrito por Abutcov, pero cuyo objeto es precisamente Abutcov. En la sección “Retratos de ayer y de hoy”, del tercer número de la revista (21 de julio de 1925), bajo el título de “Alejo Abutcov”, encontramos una crónica que nos revela que el motivo por el cual Abutcov se trasladó desde una ciudad pujante y moderna como Buenos Aires a una localidad rural periférica como San Pedro del Atuel, no fue lo que publicó posteriormente en un folleto que editó con motivo de cumplirse diez años de la creación del Conservatorio “Schubert”: “cansado por exceso de trabajo, sintió la necesidad de descansar en un paraje lejano de la ciudad, y como la vida del campo siempre le gustaba, vino a vivir en Provincia de Mendoza”. Este artículo demuestra que su objetivo no era “descansar”, sino formar una colonia tolstoiana.

¿Cómo llegó Abutcov a ser el objeto de este artículo? Los cronistas de *La campana de palo*, de Buenos Aires, se hallaban en 1925 “en jira [sic] periodística por la Colonia San Pedro del Atuel, en las inmediaciones de la estación Carmensa del F. C. Oeste” cuando, casi por casualidad y gracias a los comentarios del administrador de la colonia, quien les dijo que “Alejo Abutcov fue discípulo y amigo del gran Tolstoy, e íntimo de su médico, Tcherkov”, dieron con el músico. El encuentro fue descripto por los cronistas de la siguiente manera:

Lo encontramos, unos pasos más allá del alambrado, carpiendo entre los surcos [...] nos condujo a su rancho de ramaje tejido y barro. Nos enseñó luego numerosos folletos de Tolstoy, prohibidos en Rusia, y una carta firmada por Tcherkov, ejecutor testamentario, conjuntamente con la hija de Tolstoy [...] a retazos nos contó cómo había llegado al país; de su encarcelamiento en Rusia; de su liberación y fuga milagrosa, facilitada por la garantía dada a la Checa por su amigo Tcherkov [...] Una de las frases que pudimos sorprender en sus labios fue, cuando mascullando, dijo que vino allí para vivir en pobreza y sencillez como su maestro Tolstoy; y que le sorprendían las extraordinarias aptitudes de los hijos de los colonos para aprender música. Y con ello prometíase una buena siembra espiritual en temperamentos y mentalidades incontaminadas, y una futura cosecha de fuertes y buenos artistas.

Por si quedaran dudas de cuál era el objetivo de Abutcov, él mismo publica un llamado en ese número de *La campana de palo*:

Todos los secuaces de León Tolstoy que quieran vivir en sencillez, trabajando la tierra según la doctrina del gran moralista ruso, pueden dirigirse a Alejo Abutcov – Colonia San Pedro del Atuel, estación Carmensa, F. C. O., - quien tiene a su disposición una chacra para cultivar, donde todos los adherentes podrán vivir fraternalmente, como afiliados de la colectividad tolstoyana.

Esta información deja claro el motivo de su radicación en la zona rural del sur mendocino, y también nos confirma su adhesión a la ideología tolstoiana. Pese a la claridad con que son expuestos estos puntos en la revista porteña, raramente los hizo públicos en General Alvear, como se desprende de la escasa mención en la documentación de su archivo personal y en las entrevistas que hemos realizado a algunas personas que lo conocieron (sólo los más allegados sabían algo al respecto).

El artículo en el que me he detenido es relevante, además, porque marca el primer contacto de Abutcov con las revistas anarquistas de Buenos Aires. En ese encuentro, el compositor se comprometió a traducir para *La campana de palo* “toda la labor tolstoyana de la ética anarquista”, y en el siguiente número de la revista apareció su primera colaboración con una revista argentina: “¿En qué consiste la verdadera libertad?” figurando Tolstoi como autor y Abutcov como traductor. Al final del artículo, podemos leer lo siguiente:

Como lo anunciáramos, comenzamos con este bello trabajo de León Tolstoy, la serie que traducirá especialmente para *La campana de palo* Alejo Abutcov, que es el representante más directo del gran ruso en este país, cuyas teorías trata de llevar a la práctica viviendo humildemente entre los campesinos de Mendoza.

Al publicarse esta traducción, no se puso en duda que la autoría era de Lev Tolstoi. Sin embargo, el artículo original en ruso (*V chem istinnaia svoboda?*), si bien se corresponde perfectamente con la ideología de Tolstoi, fue redactado por sus seguidores y publicado varios años después de su muerte, sin consignar autoría. La publicación fue de *Obschestva Istinnoi Svobody v pamiat L. N. Tolstogo* (Sociedad de la Libertad Verdadera en memoria de L. N. Tolstoi), en 1917, en la ciudad de Moscú.

Sin que sepamos los motivos, esta colaboración prometida no se continuó en siguientes números de *La campana de palo*. Los siguientes artículos de Abutcov aparecieron al año siguiente, 1926, en otra revista de cuño anarquista, *Claridad*, que, al igual que *La campana de palo*, estaba asociada al grupo de Boedo, en contraposición al de Florida que está representado por la revista *Martín Fierro*.

En los tres primeros números de *Claridad* se publicaron las tres “Cartas del campesino” que aparecen en este libro. Con características literarias epistolares pero, como podrán observar, mezclando elementos reales con otros ficticios, Abutcov nos detalla las conveniencias de vivir en una colonia tolstoiana. En el cuarto número de la revista vuelve a aparecer Abutcov en el rol de traductor, con “Algunos pensamientos desconocidos de León Tolstoi sobre la iglesia”, sin que hayamos podido localizar las fuentes rusas originales. Esta última colaboración en *Claridad* fue acorde a la temática de ese número, en el que la mayoría de los artículos atacan a la religión y a la iglesia.

Los artículos mencionados hasta ahora son los únicos escritos en español. En 1928 encontramos tres colaboraciones de Abutcov en la revista *Golos truda*, que se anunciaba como el “Órgano de la Federación Obrera Rusa Sud-Americana”. La primera de las colaboraciones es un cuento, “*Yurodivy*”, lleno de carga ideológica. La segunda es una carta titulada “Sobre la organización de colonias”, y que es una respuesta a una carta que había publicado un lector (A. Palamarchuk) en un número anterior de la revista pidiendo consejos para la organización de una colonia anarquista. La última colaboración, “Fragmentos de recuerdos sobre L. N. Tolstoi”, tiene un gran valor documental, ya que es el documento más completo en el que se relata el vínculo entre Abutcov y Tolstoi.

Este libro se cierra con dos cuentos publicados en otra revista destinada a los emigrados rusos. El título está en los dos idiomas, *Seiatel / Sembrador*, y podemos encontrar artículos en ruso y en español. Los dos cuentos de Abutcov que hemos localizado en esta revista, “Un extraño sueño” y “Abuelita Matriona”, están originalmente en ruso, y fueron publicados en 1933 y 1934, respectivamente. Precisamente es esta revista la que, en 1946, luego de la muerte de Abutcov acaecida el año anterior, publicó una noticia necrológica que culmina diciendo: “sé que hay gente buena pero, como él, ninguno”.

Diego Bosquet

¿En qué consiste la verdadera libertad?

Publicado (en español) el 21 de agosto de 1925 en la revista *La campana de palo* n° 4 , pp. 24-26.

- 1 Fuera de nuestra personalidad de hombres, fuera de todo lo que vemos, oímos y palpamos, hay algo invisible e incorpóreo, sin principio ni fin, que sustenta la vida y que puede designarse con el nombre de dios. Eso invisible, incorpóreo, sin principio ni fin, separado de nuestro cuerpo material y que reconocemos dentro de nosotros mismos, es lo que llamamos alma, y que el hombre descubre no solamente en sí, sino también en los demás seres.
- 2 El alma humana, aislada de dios y de los demás seres vivos, tiende a unirse con estos, y lo consigue a medida del desarrollo de su conciencia que en su marcha ascendente va hacia el principio divino o espiritual. El principio espiritual, que se manifiesta en la vida humana mediante el amor, es el mismo en todo ser vivo, contrariamente a la materia, que se diferencia en todos los hombres.
- 3 Es, pues, la esencia de la vida humana; está en la inclinación natural de unirse con dios y con todo ser viviente por medio del amor; y por ello, la ley fundamental de la vida del hombre que se halla en el amor a dios y a todo ser vivo, se cristaliza en este aforismo: hacer por otros lo que quisiéramos se hiciera por nosotros.
- 4 La infinita unión, el alma humana con dios y con otros seres, y, por consiguiente, el superior bien del hombre, se obtiene [de la liberación de] los obstáculos que nos impiden reconocer el principio espiritual o divino que nos empuja al amor hacia el prójimo. Empañan la claridad de la conciencia y la belleza del amor los vicios resultantes de los deseos de la

materia: la ociosidad, la glotonería, la embriaguez, la alimentación carnívora, el sensualismo o la satisfac[c]ión de los deseos carnales por el hecho mismo, y no respondiendo a la ley natural de la reproducción de la especie, como así mismo debilidades que tienen por base nuestro bienestar material como fin de nuestra vida, tales como el orgullo, la vanidad, la malevolencia, la envidia, la enemistad, la maledicencia, etc.

- 5 Para librarse de las cadenas que aprisionan nuestro interior, ha[n] de hacerse los esfuerzos necesarios. Esto lo puede realizar siempre el hombre en el instante mismo en el que nuestra conciencia nos lo indique, es decir, en el presente que siempre lo tiene a su albedrío el hombre libre, ya que ese afán de librarse del mal, el hombre lo descubre, no consistiendo, como se cree generalmente, en arrepentirse material o espiritualmente de cualesquier acción, sino en abstenerse siempre de obrar en contra de nuestra conciencia engrandecida por el principio divino de amar a todo [ser] viviente. La humildad, la abnegación y la veracidad son los caminos del perfeccionamiento del hombre y, por consecuencia, de nuestra libertad espiritual y material.
- 6 Cuanto más se cumple la ley del amor, tanto más libre se está. Y si esta ley se adentra en el hombre que cultivó su espíritu y rechazó sus instintos animales, cualesquiera fueren las cadenas con que [le] ataren y las cárceles que le encerraren, siempre será libre. En la lucha contra su naturaleza se liberta el yo espiritual.
- 7 La única fuerza que educa a los hombres y les conduce a la paz es la ley del amor, pues la violencia contra los hombres contradice la ley fundamental de la vida humana, sea ella hecha por los individuos o por las colectividades que se formen con carácter gubernamental o político.
- 8 Nuestra patria es todo el mundo, y todos los hombres son nuestros hermanos. Por ello, ningún hombre, por monárquico, constitucional, demócrata o socialista gubernamental, tiene derecho a reclutar, aunar o

catedratizar [*sic*]¹ la naturaleza de los semejantes o declarar la guerra material o moral a otras nacionalidades con el fin de asesinarlos o empobrecerlos.

- 9 Para no dar pie a la violencia y a la explotación del hombre por el hombre, no debe admitirse la dominación de uno sobre otro o sobre muchos, ni de muchos sobre uno. Únicamente el amor y la confianza mutua pueden unir [a] los individuos y las comunidades. No debe disculparse, entonces, el uso de medios violentos para la asociación o disociación de los hombres, o para juzgarlos aplicando la justicia del castigo, como ser, penas de muerte, prisiones, destierros, aislamientos penales, confiscaciones de bienes, etc.
- 10 Ningún hombre tiene derecho a defender por la violencia el objeto que considera de su propiedad ni adjudicarse el derecho de propiedad sobre bienes terrenales, pues éstos pertenecen a la comunidad.
- 11 Ningún hombre y ningún conglomerado de ídem puede, por violencia o amenazas, quitar los bienes de uno para dárselos a otros, como hacen los gobiernos de cualesquier clase con la aplicación de impuestos, derechos de aduana y expropiaciones legales.
- 12 La conciencia no tiene cadenas ni lazos indisolubles que le ahorquen. Razón de más para que ni los individuos ni los gobiernos atenten por la fuerza contra la libertad de cultos por molestos que nos pareciera[n], como así tampoco contra las ideas personales, y sostenerse violentamente en el gobierno, aprovechándose para ello del cobro de impuestos forzosos desbolsillando a la población; o a la propagación de un culto religioso oficial o de otra doctrina que fuera el fuerte defensor de los intereses de un determinado núcleo de hombres. El privilegio de dejar obrar en libertad entre la población a los predicadores oficiales, aprovechándose de tiernas mentes infantiles, ya sea en la escuela o en la iglesia, como el

¹ El sentido de esta palabra inexistente en español, teniendo en cuenta el original ruso (*obuchat*), sería el de “adoctrinar”.

encarcelamiento de los que sustenten ideas distintas, son dos de los tantos procedimientos de violencia que emplean los hombres para la defensa de sus intereses personales o de clase.

- 13 En la misma forma, ningún hombre que se titule gobernante tiene derecho a gobernar violentamente a sus semejantes, como así los gobernados tampoco tienen derecho a obrar violentamente para romper el orden establecido en el presente. La violencia seguida del derramamiento de sangre, contrarían el amor, empañan la conciencia y destruyen la fraternidad entre los seres. Desechando la fuerza bruta como medio de libertarnos, y trabajando conscientemente de acuerdo con cada aptitud, en cualquier rama del frondoso ser humano, el hombre verdaderamente religioso ajustará al deber de conciencia de rehusarse absolutamente a ser cómplice de los medios violentos, no ayudando material o espiritualmente a instituciones militares, policiales, judiciales, carcelarias o semejantes.

- 14 Para vivir en la paz fraternal y terrena es preciso desechar a las instituciones sostenidas por la fuerza, ya que en ese estado moral los hombres obrarán por convencimiento interior, haciendo por los demás lo que quisieran se hiciera por ellos. Por eso, en la actividad de los hombres de querer servir a sus semejantes, no deben buscar el establecimiento de formas nuevas de vida, sino hacer la renovación espiritual y el perfeccionamiento de sus cualidades internas y las de los demás hombres. La renovación espiritual y el perfeccionamiento de las c[u]alidades interiores, renueva y perfecciona inevitablemente las formas exteriores de la vida social en que el hombre se desenvuelve.

Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

*Leon Tolstoy*²

² Al publicarse esta traducción, no se puso en duda que la autoría era de Lev Tolstoi. Sin embargo, el artículo original en ruso (*V chem istinnaia svoboda?*), si bien se corresponde perfectamente con la ideología de Tolstoi, fue redactado por sus seguidores y publicado varios años después de su muerte, sin consignar autoría. La publicación fue de Obschestva Istinni

Como anunciáramos, comenzamos con este bello trabajo de León Tolstoy, la serie que traducirá especialmente para LA CAMPANA DE PALO Alejo Abutcov, que es el representante más directo del gran ruso en este país, cuyas teorías trata de llevar a la práctica viviendo humildemente entre los campesinos de Mendoza. – “¿En qué consiste la verdadera libertad?”, folleto desconocido hasta ahora en otro idioma que el ruso, fue prohibido como otros trabajos de Tolstoy que iremos dando a conocer, por el Comisariado de Educación Pública de la RR. SS. de los Soviets, y perseguidos sus divulgadores.

Svobody v pamiat L. N. Tolstogo (Sociedad de la Libertad Verdadera en memoria de L. N. Tolstoi), en 1917, en la ciudad de Moscú. La publicación original, bajo el título de *V chem istinnaia svoboda? (¿En qué consiste la verdadera libertad?)* constaba de dos partes: la primera era “una breve presentación de los fundamentos de la verdadera libertad”, y la segunda consistía en los estatutos de la Sociedad de la Libertad Verdadera en memoria de L. N. Tolstoi. La traducción de Abutcov, si bien lleva el título general de la publicación, solo incluye la primera parte.

Cartas del campesino [I]

Alejo Abotcov [sic]

Publicado (en español) en julio de 1926 en la revista *Claridad*, 1, pp. 27-28.

Maina, 17 de marzo de 1925³.

Querido sobrino José⁴:

Días pasados recibí tu carta en la cual inquirías los motivos que me indujeron a trocar la vida urbana por la del campo. Esta cuestión, al parecer, te interesa mucho, pues repetidas veces me hiciste tales preguntas. Trataré de contestarte clara y sencillamente, evitando el empleo de términos científicos.

Ante todo, he de traer a tu memoria la noticia de que soy un hombre que considera el mayor bien de nuestra vida la independencia y la libertad de la personalidad. Por supuesto, en las condiciones de la vida moderna social, ninguno de nosotros disfruta de dicho bien en la forma debida; pero, sin embargo, cada cual ha de tender a crearse tales condiciones que le den el sumun de libertad e independencia. De antiguo se conoce la máxima que para alcanzar tal organización social en la cual la humanidad fuera libre por completo, es preciso que cada uno de nosotros trate de arreglar su propia vida, en tal forma que le parezca común para toda la humanidad. Ahora bien; si deseo la libertad para la humanidad entera, debo ante todo arreglar mi propia vida, de tal modo que me sintiere libre en la sociedad moderna en la medida de lo posible.

³ La carta fue publicada en julio de 1926, por lo que esta fecha podría ser real. Lo que no es real es que fuera escrita en Maina, ya que desde 1924 Abotcov estaba viviendo en San Pedro del Atuel (General Alvear, Mendoza, Argentina). Maina no es un lugar ficticio; de hecho, es el nombre de una localidad rusa ubicada en Simbirsk (actual Ulianovsk), provincia natal de Abotcov. Precisamente, una de las propiedades de Abotcov en Rusia estaba localizada en Maina.

⁴ Suponemos que el destinatario de la carta, su “sobrino José”, es ficticio.

Ten también en cuenta que cada uno de nosotros, hombres que profesamos las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, tiene la obligación de propagar estas ideas y que, a nuestro parecer, el mejor medio de efectuar dicha propaganda consiste en vivir con arreglo a ella en el ejemplo de nuestra vida personal.

Después de este corto exordio, voy a responder a tus preguntas.

Comenzaré a decirte que, a mi modo de ver, la mayoría de los habitantes de las ciudades se ocupan de trabajos improductivos. Todos esos empleados, oficiales, comerciantes, artistas, músicos, dibujantes, escritores, bailarines, *chauffeurs*, lacayos, y muchos otros actores de la ciudad, tienden a arreglar su vida cómodamente, evitando el trabajo corporal y sin producir nada positivo, [y] prefieren vivir a expensas de los demás que trabajan. A mí me daría vergüenza vivir de tal manera; y, por otra parte, ignora [*sic*] qué trabajo podría realizar en la ciudad sin sentirme parásito del prójimo. Es por ello que me es imposible evitar la vida en el campo, donde puedo trabajar quedando conforme con mi conciencia.

Pueden replicarme, y hasta probarlo, que la labor del músico o del artista es tan útil y necesaria como la del agricultor. No quiero discutir sobre este tema y no trataré de él por el momento, pues no es ese mi propósito. Me limitaré a decir que quienes hablan de tal manera me recuerdan siempre las palabras de Tolstoi, quien formula esta pregunta en uno de sus artículos sobre arte: “¿Qué sería si todos los hombres dejaran sus labores y se pusieran a tocar el violín o a componer en versos?” [C]reo que por muy bien que toquen los hombres el violín, y por muy excelentes versos que compongan, si es que no desean al fin y al cabo morir de hambre, deberán realizar, además de estudios musicales y poéticos, una labor productiva; es decir, pensar en la necesidad de lograrse el pan y de ganarlo trabajando la tierra. Para todo hombre sensato esto es claro y no requiere mayor argumentación. Pero, si por el contrario, todos los hombres sin excepción se dedicaran a trabajos agrícolas, ¿podría causar ello a la humanidad consecuencias lamentables? Seguramente ninguna. Al contrario, todos vivirían contentos, y estando satisfechos de la consecución de los artículos de primera necesidad, podrían aprovechar sus ocios, dedicándose a la ciencia, artes u otros trabajos mentales. Sobre este tema hablaré contigo otra vez más detenidamente.

Según mi modo de ver, la vida en la ciudad desmoraliza a los hombres y esteriliza su laboriosidad. La mayoría de los habitantes urbanos tienden a encontrar el trabajo más fácil y a ganar lo más posible. Ordinariamente se medita en esta forma: “Que encorven los demás las espaldas, que trabajen los campesinos como negros para producir los cereales; yo elegiré para mí algo más fácil. ¡Que todos

esos socialistas y anarquistas demuestren el perjuicio, la inmoralidad del parasitismo; con tal de que viva bien yo, no me preocupan los demás!” He aquí que un hombre adulto, robusto, capaz de trabajar, se desvela por procurar cualquier cosa de poca actividad, como por ejemplo: portero, mozo de restaurant, vigilante, etcétera. Dicho portero está sentado sobre la silla junto a la puerta de la casa de siete u ocho pisos y contemplando todo el día a los inquilinos que pasan delante de él. Al pasar un inquilino, [q]ue suele darle buenas propinas, el portero salta a abrir la puerta, le saluda amablemente y lleva varias veces la mano a la visera. Por supuesto, a los tipos que no están en condiciones de darle propina, el portero los mira despectivamente y a cual[q]quiera de sus preguntas, o no contesta del todo, o responde bruscamente, tratando de hacerle entender: “has de pagarme por mi amabilidad, y si en adelante faltas al cumplimiento de ese deber, hallaré el medio para vengarme de ti y te forzaré, al fin y al cabo, a dividir tu sueldo conmigo”. No puedo recordar sin disgusto la traza servil del portero con quien me encontraba y me saludaba todos los días cuando tuve la desgracia de vivir en un lujoso hotel de Buenos Aires. A mí me resulta difícil comprender cómo puede el hombre despojarse de su dignidad, permitiéndose, no sólo vivir a expensas de los demás, sino exigir, indebidamente, dinero por su tarea parasitaria. Y a cada paso se tropieza en la ciudad con tal aberración.

Cada cual trata de sacar algo en su provecho explotando a los demás. Los oficios mencionados existen exclusivamente para liberar a los ricos de los trabajos que no les agradan, y dan oportunidad de vivir sin plegar una tarea dura y ganar bien aunque sea ejerciendo una profesión despreciable, lo cual atrae en las ciudades a una enorme cantidad de hombres que podrían efectuar [un] trabajo mucho más productivo. Y pienso que ello está mal.

Yo no quisiera volver a la ciudad, para no encontrarme a cada paso los vigilantes, los soldados, pesquisas y los demás voluntarios e involuntarios parásitos y expoliadores del pueblo. Lo que es aquí, en el campo, no me hallo sino con agricultores, con los que me agrada relacionarme.

Sin duda, no dejan de infiltrarse algunos parásitos entre los campesinos y aldeanos, pero en primer lugar, ellos son escasos por no haber bastantes personas a las que se pueda explotar, y en segundo lugar, que las condiciones de la vida en el campo me permiten vivir aislado de tal gente.

Opino también que los habitantes de las ciudades se mantienen con el trabajo de los agricultores, lo que no obsta para que se precien de hombres cultos que pertenecen a la casta de superior desarrollo mental y espiritual. Ellos se imaginan,

sencillamente, que su tarea es civilizar, guiar, juzgar y gobernar la manada inculta de los aldeanos, quienes alimentan y subsidian con su trabajo a los habitantes de las ciudades. Ellos afirman con orgullo que es necesario instruir a toda esta gente semisalvaje que cava la tierra y el estiércol; es necesario enseñarles, pero ignoran qué.

No quiero pertenecer a esta clase de hombres: a mí me agrada más cavar la tierra, plantar papas y ocuparme en las tareas del campo, que divertir con mis versos o tocando el violín en una reunión de hombres *cultos*⁵ de la ciudad, quienes pagan bien a los que saben buscar las rimas componiendo los versos, o mover rápidamente los dedos sobre las teclas del piano.

Por cierto, no quiero decir que en las ciudades no haya gente que trabaje productivamente; hay muchos que trabajan en las fábricas, no pocos hortelanos y bastantes jardineros. Mas repito que el elemento predominante es el que no quiere vivir *comiendo el pan con el sudor de su frente*⁶. Bastante tiempo viví yo también en la ciudad ejerciendo una profesión libre y ganando más de lo que era necesario para el bienestar; pero con el tiempo me persuadí que vivir de tal manera era una vergüenza, que era menester cambiar de vida y, ante todo, dejar de aprovecharme del trabajo ajeno, pensar en mi mantenimiento, procurándome yo mismo de los artículos de primera necesidad. He ahí una de las causas principales que me indujeron a abandonar la ciudad y aislarme en un lugar apartado.

No quiero en ésta aglomerar los temas que someto a tu consideración, y dejándote tiempo para que reflexiones bien sobre ello, iré preparando mi segunda carta, que recibirás tan pronto reciba tus impresiones sobre ésta.

Un fuerte abrazo de tu tío que mucho te quiere.

*Antonio Derevensky*⁷

⁵ Itálica en el original.

⁶ Itálica en el original.

⁷ Abutcov utiliza aquí un seudónimo, aunque antes del título "Cartas del campesino" figura su nombre real como autor (aunque con una errata: "Abotcov" en vez de "Abutcov"). Creemos que es significativo el apellido que eligió para el seudónimo, "Derevensky", ya que si bien es un apellido ruso real, deriva de "*derevnia*", que quiere decir "aldea". O sea, "Derevensky" significa "aldeano", lo que es acorde al espíritu del texto de la carta.

Cartas del campesino II

Alejo Abutcov

Publicado (en español) en agosto de 1926 en la revista *Claridad*, 2 , pp. 35-37.

Maina, 17 de mayo de 1925⁸.

Querido sobrino José⁹:

Ya tuve una ocasión de hablar contigo sobre el tema [de] que, si bien no creemos posible aplicar la violencia para la destitución de la actitud [de la] organización social, nos negamos a sostenerla, nos abstenemos de todo lo que puede servirle de provecho a ésta, en vista de lo cual nos parece inadmisible trabajar en beneficio de la burguesía. Entre tanto, viviendo en la ciudad, los hombres involuntaria y forzosamente, caen en la esclavitud de la burguesía. Tomemos, por ejemplo, un trabajador cualquiera de profesión libre; supongamos que es dibujante. Para ganar diariamente 3 o 4 pesos, los que le asegurarían una existencia mediocre, el dibujante entra sin sueldo, para trabajar por tanto, en cualquier casa de propaganda; todo el día está dibujando allí, siendo ordinariamente las condiciones higiénicas muy malas. Con su trabajo, sin duda, contribuye al enriquecimiento de su patrón, pues éste le paga una mínima parte de lo que gana vendiendo carteles y dibujos hechos por él. Sé bien que a veces un dibujante, por su cuadro de reclame, recibe de su patrón 10 pesos, mientras éste cobra al cliente que había encargado el cuadro 50 o 75 pesos.

¿Es que tal dibujante no trabaja para enriquecer a su patrón? ¿Es que no sostiene la existencia parasitaria de un burgués? Pero no es todo: aquellos pesos escasos que gana el pobre trabajador, son gastados en enriquecer a los otros burgueses. En la ciudad es imposible vivir bajo el cielo: es preciso alquilar una pieza o un departamento. Empero, el alquiler es renta, que los propietarios de las casas sacan de sus propiedades. De ahí, el dibujante contribuye a que las casas rindan bien, que den ganancia sólida a los propietarios. Luego trabaja el dibujante en

⁸ Ver nota 3

⁹ Ver nota 4

beneficio, no sólo de su patrón, sino también del propietario de la casa [en] donde vive.

Es muy extraño que los pobres trabajadores de la ciudad, ganando 100 o 150 pesos por mes, dan un tercio de su sueldo a los propietarios de casas; éstos aumentan sus capitales por cuenta de la gente pobre, que es forzada a privarse de muchas cosas por necesitar el asilo, y todos estos almacenes, fondas, tiendas, cafés, etc., ¿es que no existen a costa de toda esta pobretería urbana? Y tales trabajadores siguen llevando su vida desgraciada, a veces sin darse cuenta de que ellos y sus semejantes sirven de sostén a la organización burguesa y capitalista. Por su situación oprimida, dichos trabajadores deben tener odio a esta organización, pero la soportan considerándola un mal inevitable.

No quiero estar en tal situación, no quiero servir de sostén a los capitalistas y de ayuda a su lucro. Prefiero vivir en el campo, donde me es posible trabajar para mí mismo y ayudar a otros, quienes trabajan como yo. Y viviendo aquí me encuentro mucho más libre que ningún habitante de la ciudad. Verdad es que mi habitación no se parece a las casas urbanas: está hecha por mí solamente, de material que había hallado en la chacra. Pero no obstante, me siento dentro de mi casa independiente de los inquilinos vecinos, del dueño de departamentos y del propietario de casa. Si me viene en ganas tocar el violín a las once de la noche, o bajo el imperio del sosiego cantar cualquier motivo que me agrada, lo hago; si se me antoja organizar una reunión literaria, habiendo invitado a mis vecinos que desearan escuchar la lectura, puedo satisfacer mi antojo sin solicitar permiso del dueño u otras personas del capricho, de las cuales depende tal o cual forma de mi pasatiempo. Si se me metió en la cabeza la idea de plantar árboles frente a mis ventanas, sembrar flores, si me agrada tener amigos del reino animal, como por ejemplo un perro, una gata, aves de corral, etc., puedo llenar mi deseo, sin consentimiento propicio del propietario de la casa. En todo caso la vida en el campo me facilita un estado libre, si no por completo, al menos en mi vida particular. Nadie me obliga a empezar el trabajo a la hora determinada: trabajo cuando quiero, cuanto puedo o cuanto es preciso para mí. Me visto según me parece más cómodo, sencillo y barato. Viviendo en la ciudad uno no es libre hasta en el vestirse. Muchas veces sucedía que no estando yo vestido de frac, no pude entrar en el Teatro Colón para oír una ópera, o en verano, cuando hacía mucho calor, no me dejaban entrar en el Jardín Botánico por estar vestido con una blusa de trabajador: era preciso ponerse un saco o una levita. ¿Es que ello no es una locura; es que no es una burla de un hombre; es que no es vejación de los principios elementales de la libertad? Ahora me acuerdo con repugnancia de todos

esos fracs y levitas, cuellos almidonados, corbatas, sombreros, gemelos y demás cosas, que son consideradas necesarias por los habitantes de la ciudad. Y todos vosotros sois esclavos de tales prejuicios.

Me diréis, quizá, que todo ello es minuciosidad, sobre la cual no vale la pena poner atención... Sí, de veras, es minuciosidad, pero de tales minuciosidades se compone toda la vida particular del hombre. Me es grato que, al menos, en mi vida personal nadie se entrometa, porque quiero sentirme libre de esas minuciosidades.

Estoy convencido que el primer paso para alcanzar la libertad debe consistir en la habilidad, en el coraje para librarnos de varios prejuicios y necias costumbres. Pero el habitante de la ciudad a veces no tiene bastante voluntad o posibilidad para sacudirse toda esa suciedad. Basta con esto sólo para ponerse a reflexionar sobre la ventaja de la vida campestre.

Ya hace mucho, conceptué el más principal deber del hombre, tratar de hacer el mayor bien posible para los hombre[s] y exigir de ellos lo menos posible. Para vivir, tener el asilo, comer, beber y vestirse, el hombre necesita muy poco, y este poco, a mi modo de ver, puede y debe ganarlo con sus propias manos. De ahí cada cual ha de hacer todo cuanto es posible por sí solo y adquirir por dinero lo menos posible. Por lo cual, además de cocinar, lavar su ropa, etc., el hombre debe proveerse de todos los artículos de consumo, necesarios para su manutención, siendo ello tan fácil cuando uno vive en el campo y tiene a su disposición un poco de tierra. Aprender a labrar la tierra, cultivar las hortalizas y las frutas, es de fácil práctica, así que cada cual puede tener en su chacra todo lo que necesita para alimentarse (tengo a la vista a los vegetarianos, al número de los cuales pertenezco); y créeme, que para proveerse de los artículos de primera necesidad, es preciso poco tiempo: alcanzará para servir a sus prójimos y dedicar una que otra hora a la satisfacción de las necesidades espirituales como, por ejemplo, lectura, arte, meditación, etc. Mas los habitantes de las ciudades, en los más de los casos, están privados de todo ello.

Figurémonos a un empleado de cualquier empresa comercial. A las ocho de la mañana (a veces más temprano), debe estar en su oficina; por consiguiente, habiéndose despertado a las seis de la mañana, apenas dispone de tiempo necesario para lavarse, vestirse, afeitarse (pues presentarse en la oficina no estando afeitado es “mauvais ton”¹⁰), tragar precipitadamente uno que otro vaso

¹⁰ Expresión francesa que significa “mal tono”, “de poca clase”.

de té o de café y llegar hasta la oficina. Si con todo eso el empleado vive lejos del centro de la ciudad, es preciso perder como una hora más para viajar en el tranvía. En este caso tiene bastante tiempo para leer algo de “La Prensa” o de “La Nación”¹¹ (es material principal que sirve de lectura para un empleado de la ciudad). Después siguen cuatro o cinco horas de trabajo detrás del mostrador, el trabajo que más embrutece y vuelve tontos a los que a él se dedican. Luego se le [da] dos horas para almorzar, que consiste principalmente en los cadáveres de los animales, con varios condimentos. Habiendo llenado su estómago con estas inmundicias, el empleado vuelve a trabajar detrás de su mostrador, donde se halla en pie otras seis o siete horas. Si el patrón o el jefe del empleado es persona un poco complaciente, le permite al “trabajador culto”, salir media hora al café o lechería, situada en frente de la oficina, para que se fortalezca con un vaso de chocolate o café con leche [con] pan y manteca (“completo”).

Después de haber vuelto a casa a las nueve de la noche, entontecido de trabajo durante diez horas y no pudiendo por eso ocuparse en algo útil para la mente y el alma (sin tener en cuenta la lectura de los diarios de la tarde), el empleado se va al biógrafo o pasa el tiempo en el café, entre otros como él, “trabajadores cultos”. ¿Dime ahora, si ese empleado habitante de la ciudad tiene la desgracia de ser casado, cuánto tiempo puede dedicarle a su familia y para qué, propiamente dicho, precisa de la familia? Quizá, solamente, para tener una amante en casa.

Haciendo el hombre esa vida le es difícil, no solamente proveerse de los artículos de primera necesidad, sino pensar en cualquier trabajo en su casa; hasta se desacostumbra a atender por sí mismo a su propia persona. No hay tiempo para hervir el agua y hacer café (el habitante de la ciudad se va al café donde se lo sirven todo ya hecho); los zapatos se los lustrará un limpiabotas, por 5 o 10 centavos; afeitarse, lavar[se] la cabeza y peinarse, pueden hacérselo en la peluquería, sin que él tenga necesidad de mover un dedo.

No, querido amigo, nosotros, campesinos, no podemos conformarnos con la vida de un hombre que se convierte en un autómatas que lo laven, limpien, alimenten, vistan, afeiten, peinen y que pase después todo el día embruteciéndose con el trabajo completamente inútil. Creemos que debe ser nuestra vida dedicada a la

¹¹ Diarios de la ciudad de Buenos Aires.

labor productiva, más racional, más normal que la de los habitantes de las ciudades.

No es preciso hablarte mucho sobre las condiciones higiénicas y sanitarias de [la] vida urbana: todo el mundo conoce que no son satisfactorias. Respecto a estas condiciones, la vida en el seno de la naturaleza, entre las plantas verdes, donde el hombre trabaja la mayor parte del día al aire libre, desarrollando sus fuerzas corporales y espirituales, tiene tantas ventajas contra las cuales no [pueden] oponerse los entusiasmados defensores de la vida urbana. En apoyo de esta opinión dice también el hecho que los habitantes ricos de la ciudad mandan a sus familias [a] veranear en las afueras de la misma; empero los parajes donde éstas suelen pasar el verano tiene muy lejana semejanza con las aldeas, con los verda[de]ros hogares del campo.

¿Y los hijos de los pobres trabajadores que carecen de recursos y no pueden enviar [a] sus familias afuera de la ciudad? Ellos han de respirar durante todo el año aire contaminado urbano, tragar el polvo de la calle, deleitarse en oír el ruido de los autos, tranvías, carretas, ómnibus y trenes. Desde pequeños estos niños son víctimas de varias enfermedades incurables. En el porvenir, la mayor parte de ellos, en lugar de ser miembros útiles a la sociedad, pasarán a ser improductivos y causarán gastos, pues la sociedad tiene obligación de atender las necesidades y curar [a] los enfermos e incapaces para el trabajo. La estadística nos dice que los enfermos crónicos, en su mayoría, pertenecen a la clase pobre urbana.

Asimismo, como muchos habitantes de las ciudades, me dirás: “Si, todo es verdad. No discutiré contra lo que me escribes. Pero para un hombre culto, la vida fuera de la ciudad es inadmisibile, por no encontrarse allí alimento mental. Faltan teatros, biógrafos, museos, bibliotecas; en una palabra, no existe vida mental ni espiritual”. No puedo contrariar la falta de teatros en el campo, más diré que yo prefiero pasar el tiempo leyendo un libro bueno o conversando con un chacarero vecino (hombre normal, no deteriorado por la “civilización” urbana) a cualquier función del teatro Bataclán¹² o a todas esas revistas, que no tienen ningún tema, o lo tienen dudoso en el sentido moral. En cuanto a los biógrafos, por desgracia, poco a poco van estableciéndose en los pueblos y aldeas, de modo que quien considere una necesidad del hombre culto ver las funciones de biógrafos, puede satisfacerla hasta viviendo en el campo.

¹² Teatro ubicado en la zona del puerto de Buenos Aires, muy popular en la década de 1920, en donde se presentaban espectáculos de *music hall* y *varieté*.

Organizar una biblioteca, hoy por hoy, es muy fácil; basta que sea deseo y que haya una cierta cantidad de lectores. En todo caso, nosotros, los campesinos, sabemos encontrar bastante material para leer hasta sin tener bibliotecas. Y entre los campesinos hay no pocas personas que poseen nociones y experiencia para organizar una biblioteca, si esto se necesitara, de libros verdaderamente buenos, la lectura de los cuales puede ser útil a sus lectores. Pero aquella basura que aparece por toneladas diariamente en el mercado libreril y que influye pestíferamente en la juventud, no nos hace falta. Preferimos poco y bueno, a la gran cantidad, no sólo de lo malo, sino de lo mediocre; nos convenimos con Schopenhauer, que ha dicho que nunca leeremos poco de malos libros, mas nunca alcanzaremos a leer demasiado de los buenos. Los libros malos son veneno moral que enerva a la razón.

Por último, a mi parecer, la vida sencilla es mucho más difícil en la ciudad que en el campo, por lo cual siendo yo adorador de la vida sencilla, prefiero vivir lo más lejos posible de la ciudad, en un paraje donde me encuentre libre de todos esos prejuicios creados por los habitantes de las ciudades.

He aquí todo lo que quise decirte. Sin duda, podría yo escribir un libro para comprobar la preferencia de la vida campestre a la de la ciudad; pero creo [que] todo [lo] escrito en la presente carta bastará para convencerte de la inutilidad de tus invitaciones para que me traslade a la ciudad. Soy enemigo de las ciudades y amante de la vida sencilla.

Adiós. Te envío mis más sinceros votos, deseándote que vivas con toda prosperidad y felicidad.

Un abrazo fuerte de tu tío que te quiere mucho.

*Alejo Abutcov*¹³

¹³ A diferencia de la primera carta, en la que figuraba un seudónimo en el lugar del firmante, en esta aparece el nombre de Alejo Abutcov.

Cartas del campesino III

Alejo Abutcov

Publicado (en español) en septiembre de 1926 en la revista *Claridad*, 3 , pp. 11-12.

Maina, 25 de julio de 1925¹⁴.

Señor Nicanor Chufari¹⁵.

Muy señor mío:

En contestación a su atenta carta del 15 del corriente, tengo el agrado de informar a usted lo siguiente:

Las colonias (o mejor dicho las colectividades) tolstoianas son organizadas con el fin de reunir a los secuaces de León Tolstoi en grupos para poner en la práctica las ideas del gran moralista, viviendo fraternalmente, en sencillez, trabajando la tierra y cultivando el espíritu.

Claro que en tal colectividad pueden tomar parte sólo quienes profesan las ideas del mencionado filósofo ruso y los simpatizantes de su doctrina.

Hay mucha gente que no se da cuenta en qué consiste la verdadera fraternidad y por lo tanto nunca podrá quedar satisfecha con la vida en una colectividad donde todos se tratan a lo hermano. Pero para todo hombre exento de egoísmo y pronto a trabajar en bien de sus prójimos, el vivir dentro de una agrupación resulta gozoso y lleno de profundo sentido. No puedo negar que a veces en algunas colectividades eran aceptadas personas que no correspondían completamente a las ideas profesadas por los secuaces de Tolstoi. Entraban en la colectividad, por

¹⁴ Ver nota 3

¹⁵ Así como las anteriores dos cartas estaban dirigidas a un supuesto "sobrino José", en esta tercera carta nombra como destinatario a "Nicanor Chufari". Viene siendo una respuesta a una carta que le habría enviado Nicanor Chufari diez días antes. Dentro de lo ficticio de la publicación, llama la atención el nombre que escogió Abutcov como destinatario de su carta, ya que es una referencia directa a su bisabuelo: Nikanor Chufarov.

ejemplo, quienes no tenían ganas de trabajar, y se limitaban a comer, leer, pasear y hablar sobre temas abstractos, mientras los demás adherentes de la colectividad trabajaban para mantener a todos.

Había también personas que, después de haber sido recibidas como adherentes de la colectividad, se ponían a criticar el régimen establecido en ella y trataban de cambiarlo según su propio modo de ver. Pero tales casos a ningún resultado malo conducían, pues al fin y al cabo dichas personas llegaban a comprender que sería mejor, tanto [par]a ellas como [par]a la colectividad, separarse, por lo cual se retiraban voluntariamente sin constreñimiento por parte de la colectividad.

Sucede a veces que vienen a vivir entre los tolstoianos con el objeto de veranear o para ensayar el sistema de vegetarianismo, que interesa actualmente a muchos habitantes de las ciudades...

Tales personas desempeñan el papel de los zánganos entre las abejas, a saber: tienden a comer por dos y trabajar por ninguno; ordinariamente no quedan mucho tiempo en la colectividad.

La vida en el seno de la naturaleza entre la gente que trátales a lo hermano, les agradaría... Pero es imposible seguir viviendo como parásito, cuando los que trabajan acaban por comprender las intenciones de un tal nuevo adherente. Hay que evadirse de tal situación desagradable. Los motivos nunca faltan para irse a otro paraje... Y me extraña mucho que después de haber salido de la colectividad estas personas tratan a veces de desacreditar la agrupación donde habían encontrado hospitalidad. Tal propaganda poco importa a la colectividad, pues nadie puede despreciar lo que se obra honradamente en nombre de las más altas ideas.

Por lo común las colectividades tienen a su disposición poca cantidad de tierra pues, según opinan los tolstoianos, nadie tiene derecho de poseer la tierra en cantidad mayor de lo que es preciso para mantenerse.

Hay colectividades donde la tierra está dividida entre todos los adherentes, según la necesidad de cada uno. Los lotes de terreno no pueden ser ni vendidos, ni arrendados. No se permite alquilar a los peones o jornaleros para cultivar la tierra. Cada cual se ocupa de por sí en sus asuntos pecuniarios, quedando completamente independiente en su vida particular.

En esto consiste la diferencia entre una comuna y colectividad.

Sin embargo hay colectividades cuyas tierras no están divididas y son cultivadas por todos los adherentes de la colonia, dependiendo una u otra forma de explotación de tierra de los colonos mismos. Pero nadie tiene obligación de trabajar colectivamente, de modo que nunca se pierde la individualidad. Todo colono es independiente y al mismo tiempo es una parte de la colectividad.

Casi todas las colonias ponen la mayor atención sobre la horticultura, pues una huerta es de mucha importancia para los adherentes, siendo ellos, en la mayoría de las veces, vegetarianos, y por lo tanto necesitan muchas verduras para alimentarse. Se cultivan también los frutales, uva, cereales, legumbres, etc.; en una palabra, todo lo que es preciso para la comida vegetariana.

En cuanto a la religión, nacionalidad y las ideas que profesan los adherentes de las colectividades se nota la más grande diversidad, lo que no impide de ninguna manera vivir fraternalmente ayudando[se] unos a otros. Lo único con que están conformes todos, es la resistencia al mal: antimilitarismo y anarquismo cristiano.

En general, todas las colonias aceptan como principio de la vida su sencillez. Nada de riqueza, lujo y superfluidad. Hay muchos, entre los colonos, que tratan de vivir sin dinero, pues están convencidos de que para vivir, tener asilo, comer y vestirse el hombre necesita muy poco, y este poco debe él ganarlo con sus propias manos. Con este propósito, algunos colonos aprenden un poco de zapatería, sastrería, carpintería y otros oficios necesarios en la vida del campo. En todo caso el lema de los tolstoianos consiste en comprar por dinero lo menos posible, tratando de lograr vivir sin usarlo. Como resultado de tal modo de vivir, puedo comprobar que existen colectividades [en] donde no hay ni ricos ni pobres (colonia Whiteway, en Inglaterra). Y a ello han de tender, a mi entender, todas las agrupaciones en general.

En cuanto a los motivos que inducen a los hombres a formar parte de una colectividad, el principal es que la vida en ésta les da posibilidad de sentirse libres e independientes de la sociedad actual burguesa. Vivir en sencillez siendo habitante de la ciudad a veces resulta cosa imposible, pues las condiciones de la vida urbana obligan a someterse a varias necesidades, lo que nunca sucede dentro de una colectividad. Bajo el punto de vista de labor agrícola la vida en la colectividad también da muchas ventajas, ya que cada uno de los adherentes dispone de un terreno o, si no es así, puede trabajar la tierra colectivamente con otros. Hasta suponiendo que uno tiene a su disposición un poco de tierra, siempre le convendría entrar en una agrupación para facilitar el trabajo, hacerlo menos penoso y duradero. Por otra parte, Tolstoi nunca recomendaba la vida del

ermitaño, opinando que para cumplir la ley de Cristo hay que servir a sus prójimos, lo que es un poco difícil cuando el hombre vive aisladamente.

Por lo demás, cualquier trabajo, al efectuarse por un hombre solo, requiere mucho más tiempo y esfuerzo que el mismo trabajo hecho colectivamente. León Tolstoi daba mucha importancia a la labor colectiva. En su diario, [con] fecha 13 de septiembre de 1890, escribe: “Yendo por el pueblecillo veo varios aldeanos cavar (cada uno para sí solo) las zanjas para guardar patatas, cada uno techa su zanja y muchas otras cosas de este género. ¡Cuánto trabajo excedente! ¿No sería mejor hacer todos los trabajos colectivamente y después dividir lo que está hecho? Al parecer ello no es difícil: las abejas, las hormigas, los castores lo hacen. Pero en realidad es difícil. El hombre está muy lejos de esto, y precisamente debido a que es un ser razonable. El hombre tiene que hacer a sabiendas lo que los animales hacen instintivamente. Antes de lograr el colectivismo de las abejas y de las hormigas, el hombre ha de lograr deliberadamente la vida de los animales, de los que todavía está tan lejos: no batirse (guerrear) por causa de las necesidades; no hartarse, no fornicar y después habrá de llegar cuidadosamente al colectivismo de las abejas y hormigas, lo que ya empiezan a alcanzar las colectividades.”¹⁶

La superioridad del trabajo colectivo sobre el individual es casi indiscutible, y la posibilidad de participar en tal trabajo atrae a muchos tolstoianos a entrar en una de las colectividades. Efectivamente, en las colectividades el trabajo no es una dura ley del destino humano, sino un placer; la duración del trabajo diario está reducida notablemente, lo que permite a los adherentes a dedicar unas horas a la labor mental e individual. En general, ellos trabajan mucho menos que los que viven en la sociedad burguesa.

Me queda ahora decir que, por lo común, las colonias tienen pocos adherentes, y ello se comprende bien, pues las colonias muy pobladas necesitarían alguna comisión para entender ciertos negocios, o sea algunos ordenadores, lo que no podría admitirse por los tolstoianos, quienes no reciben ninguna autoridad. En las reuniones de ellos no hay ni presidente ni votación de cualquier forma. Todos los asuntos se resuelven como en una familia cuyos miembros viven en buena inteligencia.

¹⁶ La fecha de esta entrada del diario de Tolstoi está consignada según el calendario juliano, vigente en ese momento en Rusia. Según el calendario gregoriano, sería el 25 de septiembre en vez del 13 de ese mes.

El hecho de que hoy en día existen colonias tolstoianas, comprueba que vivir colectivamente en libertad y felizmente es posible, aun estando rodeado por la sociedad burguesa, y que la doctrina cristiana no es idea abstracta e inaplicable a la vida.

Para mayores informes puede usted dirigirse personalmente a cualquiera de las colectividades tolstoianas, donde verá con sus propios ojos cómo es la vida de los humildes agricultores.

Sin otro motivo, le saluda a usted atentamente, quedando como siempre a sus órdenes

s. s. – *Anatolio Derevensky*¹⁷

¹⁷ Al igual que en la primera de las cartas, vuelve a aparecer el seudónimo, pero con un cambio: “Anatolio” en vez de “Antonio”. El apellido se mantiene (ver nota 7).

Algunos pensamientos desconocidos de León Tolstoi sobre la iglesia¹⁸

Versión castellana de Alejo Abutcov

Publicado (en español) en octubre de 1926 en la revista *Claridad*, 4, p. 2.

“A mi entender toda iglesia está cimentada en la mentira, pues el hombre no puede ser impecable. Por habersepreciado algunos hombres de impecables sucedían las guerras, ha sido derramada tan[ta] sangre.”

Un cura dijo a León Tolstoi que las ceremonias de la Iglesia eran como la cáscara del huevo. Si se la quita prematuramente, el pollito no nacerá.

Tolstoi le replicó que la cáscara es cuerpo, el pollito espíritu, y la doctrina de la Iglesia estiércol encima de la cáscara.

“Desearía una reforma en las prostidumbres [sic]¹⁹: que siempre se halle allá un cura para ejercer la ceremonia del enlace sobre cada pareja y enseguida el divorcio.”

Una vez, a propósito de las Pascuas de Resurrección, Tolstoi dijo:

“Siempre estoy pensando: Cristo resucitó. Le sería mejor no resucitar que hablar las necesidades que decía después de su resurrección. ¡Ninguna palabra ingeniosa! Los hombres alegráronse y tocan las campanas. ¿Cuándo terminará eso? Deberá él

¹⁸ No hemos localizado los originales en ruso.

¹⁹ Suponemos que quiso decir “postrimerías”, en el sentido de la escatología cristiana.

decir algo concretando su doctrina... No quiero decir que Cristo decía necedades. Cristo, el verdadero Cristo predicaba las profundísimas verdades; pero lo que han agregado a él es máxima necedad.”

“Hoy encontré a los niños: ¡son tan bonitos, tan preciosos! Y todos ellos serán pervertidos por estos curas.”

*Yurodivy*²⁰

Cuento de Aleksei Abutkov

Publicado (en ruso) el 1 de enero de 1928 en la revista *Golos truda*, 282, pp. 3-4.

El enorme auditorio de la facultad de derecho de la universidad de la capital está lleno de oyentes, en un número que es el doble de los que pueden entrar en ese espacio. Aparte de los estudiantes de derecho, hay muchos alumnos de otras facultades y, además, personas ajenas a la universidad que entraron a escondidas, con la ayuda de estudiantes conocidos, para escuchar la conferencia sobre economía política de un profesor amado por los estudiantes y muy reconocido por los científicos. En el auditorio, como se dice, “no hay lugar para que caiga la manzana”²¹. En cada silla están sentadas dos o tres personas. Muchas están sentadas en las rodillas de otras; contra toda la pared hay tres filas de oyentes; los alféizares, e incluso el piso, se convirtieron en asientos para las personas que querían escuchar las conferencias magistrales del famoso catedrático. En la sala se escucha un murmullo entre el público. Desde afuera, este murmullo se parece al zumbido de las abejas en la colmena, en un cálido y claro día de verano.

En este caso, el murmullo de a poco fue creciendo, ya que pasó la hora en la que la conferencia de economía política debía empezar, y el profesor no aparecía. Esta circunstancia era muy extraña para los presentes en el auditorio, ya que Ivan Aleksandrovich Surkov (ese era el nombre del profesor) se distinguía por su gran puntualidad. Nadie se acordaba de alguna vez en que el catedrático hubiera llegado tarde. Pero hoy ya pasó un cuarto de hora del momento en que debía empezar la conferencia, y el catedrático no aparecía. Los oyentes, con perplejidad,

²⁰ La palabra *yurodivy* es de difícil traducción, aunque algunos lo traducen como “loco por Cristo”. Se trata de un personaje característico de la religiosidad ortodoxa. Es una persona que muestra rasgos de demencia o locura, pero esta locura es ambigua: puede ser real o simulada. Gracias a esta condición, puede denunciar verdades que otros no podrían, y estar exento de ser juzgado o castigado. El *yurodivy* no es solamente un excéntrico: implica también un cierto grado de santidad.

²¹ Refrán tradicional ruso, en el sentido de “no cabe un alfiler”.

se preguntaban unos a otros el motivo por el cual el catedrático se estaba tardando, pero cuando pasó más de media hora de espera infructuosa, los estudiantes más allegados al catedrático decidieron consultar por teléfono sobre si se iba a realizar la conferencia, o si los oyentes podían retirarse a casa. Al poco tiempo, subió al estrado el estudiante Nemerovski y, con voz excitada, anunció que el profesor Surkov no estaba desde la tarde de ayer en su casa, y que nadie sabía dónde estaba. Comenzaron distintas opiniones y suposiciones. Sugirieron realizar una investigación, y decidieron pedirles a los estudiantes Nemerovski, Gavrilov y Burski que fueran al departamento del profesor y que, en el caso de que hubiera pasado algo malo, por ejemplo una enfermedad, expresarle la compasión de todos los oyentes. Después de eso, la sala empezó a desocuparse poco a poco, y un cuarto de hora después aparecieron los ordenanzas para barrer el piso, ventilar la sala y, en general, ordenar el auditorio.

Al día siguiente, en todos los diarios de la capital apareció la noticia de que el profesor de la universidad Ivan Aleksandrovich Surkov había desaparecido. Informaron sus datos biográficos, sus trabajos científicos, y había varias hipótesis acerca de su desaparición. Como suele pasar frecuentemente en el caso de la desaparición de personas conocidas, los periódicos empezaron a escribir diversos tipos de elogios; en general, esos elogios están agrandados, pero en este caso no era así, ya que el profesor Surkov los merecía. Como científico, él era conocido en casi todos los países; sus trabajos habían sido traducidos a los idiomas extranjeros más importantes, y en todas partes los críticos reconocían a sus trabajos como “una contribución fundamental a la literatura científica”.

Como catedrático, el conferencista y orador Surkov no tenía competencia entre los colegas de la universidad; sus conferencias atrapaban a los oyentes: los estudiantes tenían miedo hasta de moverse, para no perder las palabras de su querido profesor, y para no romper el silencio que siempre dominaba en el auditorio durante sus conferencias. La simpleza y belleza de su exposición no se puede describir. Para entender eso es necesario escuchar al menos una vez su disertación. De iguales características eran sus escritos de divulgación científica, los que aparecían publicados en las mejores editoriales de la capital y de las provincias. Y finalmente, como humano, Surkov era de una altura inalcanzable; su generosidad, su bondad, su necesidad de ayudar a cada persona que le pedía ayuda o consejo, su simpleza y humildad, eran famosas no solamente en el ámbito universitario, sino también en todos los niveles de la población.

Los estudiantes adoraban verdaderamente a Surkov, y, por supuesto, era imposible imaginar no sentir adoración hacia esta persona. Cada persona que se encontraba con él sentía toda su fuerza y su “personalidad encantadora”, y se convertiría para siempre en su caluroso admirador. Pero nadie adoraba al profesor como uno de sus alumnos: Serguei Petrovich Nemerovski. Él amaba a Surkov hasta olvidarse de sí mismo; estaba dispuesto a irse al fuego y al agua si eso era necesario para el bien del profesor. Absolutamente de buena voluntad transcribía estenográficamente las conferencias del profesor Surkov, y las editaba para el uso de los compañeros estudiantes. Además, hacía correcciones de los trabajos científicos de Surkov que estaban en preparación para ser editados. Obviamente que, estando tan dedicado con toda su alma al profesor, Nemerovski estuvo bajo su absoluta influencia. Por supuesto, Surkov no podía dejar de valorar a su alumno, y trataba de ayudarlo en todo lo que podía: elección de libros para leer, representaciones teatrales para asistir, distintos consejos de carácter práctico, etc. (todos esos temas manejaba Surkov), y Nemerovski, ciegamente, se sometía a él. Estas relaciones se daban, prácticamente, entre el profesor y muchos otros estudiantes, incluyendo a Gavrilov y a Burski.

El día de la desaparición del profesor, estos tres estudiantes, después de las clases en la universidad, se dirigieron al departamento de Surkov, en donde supieron, por su empleada y su portero, que había salido el día anterior por la tarde y que no había vuelto hasta el momento. Nadie observó si Surkov llevaba algo en sus manos, como por ejemplo un portafolio, una valija de mano, etc. En el departamento todo estaba en orden, como si nada hubiera pasado, y esta circunstancia indicaba que al profesor le había pasado alguna desgracia: podría haberse ahogado, haber sido arrollado por el tren, haber sido víctima de algún delito, etc.

Pasaron diez años desde la desaparición misteriosa del profesor Surkov. Esta historia se fue olvidando poco a poco. Al principio se hablaba mucho sobre eso, tanto en la prensa como en la sociedad, pero después, como siempre ocurre, esta noticia empezó a aburrir, y al final fueron cesando todos los comentarios sobre la desaparición, sin rastros, del profesor. Por supuesto, el nombre de Surkov no fue olvidado dentro de la ciencia, ya que como científico, a pesar de que tenía treinta y cinco años de edad, era un fenómeno excepcional. También la imagen inolvidable del profesor quedó en la memoria de los estudiantes, quienes eran antes sus oyentes. Muchos de ellos hicieron carrera en la jurisprudencia. Pero tres amigos

(Nemerovski, Gavrilov y Burski) permanecieron fieles a los consejos de su profesor: no dedicarse a la jurisprudencia, sino a la ciencia o a una profesión libre. A Nemerovski lo dejaron en la universidad como ayudante y, después, como profesor de economía política; por eso se convirtió en el sucesor de Surkov en la cátedra. Gavrilov se dedicó a la abogacía, y Burski a la actividad publicitaria. Los tres se profesaban mutua simpatía y una honesta amistad. Se acordaban de su querido profesor muy a menudo. La historia de la desaparición quedó para siempre como un enigma entre ellos. En general, todos pensaban que se había ahogado mientras nadaba y su cadáver no había sido encontrado. Todos se quedaron con esta idea, y dejaron de pensar en otras causas. Pero un asunto inesperado reveló el misterio de la desaparición de Surkov.

Como publicista, Burski viajaba frecuentemente a diversos lugares remotos. Algunas veces, Nemerovski, para descansar de sus trabajos científicos, lo acompañaba. Una vez, a Burski se le ocurrió la idea de irse a una provincia lejana del sur, con el objetivo de investigar la vida y la idiosincrasia de los sectarios que habían sido echados del centro de Rusia por su credo político. Era época de vacaciones. En la universidad no había clases, por lo que Nemerovski aceptó fácilmente el ofrecimiento de su amigo de hacer este viaje a la zona fronteriza de Rusia, caracterizada por la riqueza natural y la simplicidad de la vida primitiva.

El tren pasaba por la estación Neplevka²² solamente dos veces por semana. Por eso Burski, después de terminar el trabajo por el cual había ido, debía esperar el tren por más de tres días. Ya que no había nada que hacer, él y su amigo Nemerovski hacían cualquier cosa para matar el tiempo, el que transcurría con una lentitud torturante para las personas que, por el destino, debían quedarse algunos días en la remota estación de Neplevka. Preguntaban a cada transeúnte si no había algo interesante en los alrededores de la estación, pero nadie conocía ningún sitio de

²² Dentro de la ficción del relato, Abutcov introduce aquí un lugar real. Neplevka existe, y es una aldea de la provincia de Uliánovsk. Lo significativo es que esta aldea era una de las propiedades de la familia Abutcov, y Alejo habría nacido allí (cuando el nombre de la aldea era Znamenskoie). De todas formas, los datos que introduce Abutcov en este relato, acerca de este pueblo, no son reales: no existe ninguna estación de tren en Neplevka (la aldea es muy pequeña; el último censo arrojó 35 habitantes).

interés, y solamente un hombre, alegre y feliz, de treinta y pico años, dijo: “No tenemos ninguna diversión. Y, además, a los habitantes de este lugar no les gusta perder el tiempo. Tampoco tenemos sitios de interés. Pero, si quieren, pueden visitar a un *yurodivy*. Si tienen alguna enfermedad, él los puede curar mejor que cualquier médico”.

—¿Qué tipo de *yurodivy* es, que puede curar? ¿Será tal vez un curandero? —preguntó Burski, y se animó pensando que podía encontrarse con un tipo que explotaba la ignorancia de la gente analfabeta, con la esperanza de publicarlo después en la prensa o, directamente, usar este material para cualquier propósito—.

—¿Quién sabe si es curandero o algún boticario?, pero mucha gente lo visita. Él cura sin remedios, con distintas hierbas, las que él mismo recolecta en el bosque, y además con agua y luz de sol. La mayor parte de la gente que acude a él para consejos, se queda muy satisfecha con los resultados de la curación, que demuestra que él entiende algo de las enfermedades. Y por estas curaciones no recibe dinero. Él es extraño, no se parece a otra gente. No come carne, no toma vino, no fuma. Solamente come verduras y frutas. Por eso lo nombran *yurodivy*.

Los viajeros decidieron ir a ver a la celebridad del lugar y, luego de preguntar cómo llegar hasta la casa del *yurodivy*, se fueron caminando en dirección al bosque, a cuatro o cinco verstras²³ de la estación. Cuando entraron en la sombra del tupido bosque, los viajeros se encontraron con un joven que llevaba libros y cuadernos en la mano. Cuando le preguntaron cómo encontrar la vivienda del *yurodivy*, de buena gana les explicó detalladamente, e incluso los acompañó hasta la senda a la cual deberían llegar luego de una curva. El muchacho resultó ser una persona comunicativa, y explicó que justo en ese momento venía del *yurodivy*, con quien estudiaba lectoescritura. A la vez, comentaba que si toda la gente pudiera ser como este *yurodivy* la vida sería hermosa. Luego de despedirse del muchacho hablador, en la curva de la senda, Nemerovski y Burski llegaron hasta el pequeño claro en el que, en un rincón, vieron una pequeña *jata*²⁴ de barro. Cuando se acercaron, los compañeros llamaron al dueño y... no podían creer lo que veían:

²³ La versta era una unidad de longitud rusa, actualmente en desuso, que equivalía a 1.066,8 metros.

²⁴ La *jata* es un tipo de casa muy simple, que es tradicional en Rusia, construida generalmente con troncos y techo de paja.

ante ellos estaba parado (y no había ninguna duda de ello) su querido profesor Surkov.

Es imposible explicar la alegría que invadió a nuestros viajeros. Ellos, casi al mismo tiempo, exclamaron: “¡Profesor! ¡Ivan Aleksandrovich! ¿Puede ser que sea usted?”. Observando las caras de los visitantes, Surkov en seguida adivinó quiénes eran sus huéspedes. Parecía que una pequeña ansiedad invadió al antiguo científico, pero la superó e invitó a sus huéspedes a entrar a su pequeño hogar.

La vivienda de Surkov estaba rodeada por tres lados por un jardín de frutas y una huerta casera, y por detrás de ella se veía un campito con trigo, maíz y otros cereales. Adentro de la *jata*, todo era muy simple, pero brillaba la limpieza y orden. En la casa había dos habitaciones y una cocina. Una habitación era el dormitorio y la otra como un estudio o un consultorio. Todos los muebles estaban hechos de madera al natural, y parece que habían sido construidos por Surkov. Ni en las ventanas, ni en las paredes blanqueadas, había adornos, como en las casas de la gente que está acostumbrada al confort; no había cortinas ni finas ni gruesas, ni cuadros. Solamente había unos pocos retratos, al parecer muy queridos y recordados por Surkov, en las paredes, y dos o tres plantas exclusivas en macetas. El dueño pidió a sus huéspedes que lo esperaran algunos minutos, y se fue al jardín, de donde volvió al cuarto de hora con dos platos de frambuesas y fresas y, además, con un frasco de miel ambarina. Luego de poner sobre la mesa las bayas y la miel, sacó del armario unos platos grandes y pequeños, y unas cucharitas. Surkov ofreció a sus huéspedes sentarse a la mesa, y empezó una conversación que duró muchas horas. Por supuesto, el tema central era la causa y detalles de la desaparición de Surkov de la capital. Parecía que él no quería contar la historia con mucho detalle. De todas las preguntas de sus antiguos alumnos, él se limitó solamente a la siguiente historia corta:

“Durante los últimos años de mi actividad como profesor yo les impartía a ustedes, mis amigos, como siempre, la materia de economía política. Para mí era muy pesado seguir con esas lecciones, dado que yo empecé a perder la fe en esta ciencia, ya que entendía cada día más y más su absoluta inutilidad. Todas estas, así denominadas ‘leyes’ de los valores monetarios, remuneraciones, lucha entre el trabajo y el capital, etc., empezaron a parecerme absolutamente insignificantes. Y lo más importante: yo, poco a poco, empecé a entender que el dinero, que es la base de todas las ciencias económicas, es el peor mal de la conformación del mundo moderno. ¡Solamente si pensamos cuántos crímenes se cometen por el dinero! Si no existiera, no podría haber gente rica y pobre, no podría haber

patrones y servidores, la gente no vendería su conciencia, empezando a trabajar en los puestos vergonzosos... Y, al final, llegué a la conclusión de que lo mejor para la humanidad, en caso de apuntar a juntar riquezas, de buscar por todos los medios hacer cualquier cosa para la recaudación de los fondos, era preocuparse por poner en práctica los grandes preceptos de fraternidad e igualdad. ¡Qué fácil podría ser si la gente quisiera cambiar el estilo de vida moderno! No hay que pensar que esto no se puede hacer. Si yo no puedo cambiar las condiciones de la estructura social, pero sí mi propia vida, yo puedo y debo construirla de acuerdo con aquellos ideales, a los cuales, en mi opinión, debe apuntar la humanidad. Entonces, por ejemplo, si yo pienso que el dinero es malo, debo despreciarlo; y yo decidí hacer eso. Por supuesto, las condiciones de vida en una ciudad excluyen la posibilidad de existir sin el 'vil metal'. Por eso yo me fui a pie a buscar el lugar en donde podría sobrevivir 'con el trabajo de mis manos'. Después de algunos vagabundeos, al final llegué acá, en el bosque, y me quedé, sin saber quién era el dueño de esta tierra y cómo él iba a reaccionar ante mi estadía ilegal.

“Lo primero que hice fue la huerta. Las semillas necesarias, la pala y el rastrillo yo ya los tenía, y por eso no tuve ninguna complicación. En un mes ya tenía algunas verduras, y desde ese tiempo siempre tuve productos para mi régimen vegetariano.

“Al poco tiempo, por casualidad, me encontré con el dueño del bosque en donde yo me había instalado. Les debo contar a ustedes que a veces los aldeanos de aldeas vecinas cruzaban el bosque, y muchos de estos aldeanos me preguntaban quién era yo, de dónde venía, y quién me había permitido instalarme en el bosque. Parece que uno de esos viandantes le contó al dueño sobre la persona que se había instalado en su tierra sin su permiso, y al día siguiente el dueño de la tierra, que era una persona muy simpática, vino a visitarme. Él vivía a unas 20 verstas de acá. Había comprado este bosque porque tenía una platita, y el bosque lo vendía muy barato un comerciante que se había fundido. Projor Onisimovich (ese era el nombre del dueño del bosque) habló conmigo durante mucho tiempo sobre la propiedad de la tierra, y parecía que estaba absolutamente de acuerdo conmigo sobre este asunto y sobre el derecho de cada trabajador del mundo de trabajar sobre la tierra. La charla terminó con Projor regalándome esta tierra, la cual empecé a cultivar y de la que, luego de un tiempo, me mandó la cesión de 10 desiatinas²⁵ de terreno, aunque yo necesitaba solamente 3 o 4 desiatinas. Mi

²⁵ La desiatina es una antigua unidad de medida de superficie, y equivalía a algo más de 1 hectárea (10.926,512 metros cuadrados).

intento de devolverla a Projor no obtuvo frutos: él vino hacia mí y, categóricamente, me exigió recibirla. No había otra opción que aceptarla, para no enojar a quien tan generosamente me dio parte de su tierra. Pero después que Projor se fue, yo quemé el documento, y la tierra que debiera ser mía ‘quedó de nadie’. Desde ese momento, empecé a aplicar mis principios de vivir con el trabajo de mis manos. Ya que conocía la medicina tradicional a través del método de curar con agua y luz, curé a algunas personas de calentura y enfermedades estomacales. No queriendo recibir en mano el vil metal, yo estaba negando cualquier recompensa por mi cura, lo que desconcertó absolutamente a mis pacientes. Sin embargo, el número de ellos crecía, y por eso algunas veces yo no tenía posibilidades de realizar los trabajos necesarios en la huerta y en el campo. En las aldeas vecinas me decían ‘curandero’ por curar a los enfermos, y ‘yurodivy’ por no querer recibir dinero por mis trabajos. Pronto, algunos aldeanos analfabetos empezaron a pedirme que les enseñara a leer y a escribir, cosa que yo, por supuesto, hacía con ganas, y lo sigo haciendo. Por supuesto que yo siempre estaba muy lejos de tomar cualquier recompensa por la ayuda a mis prójimos, pero no tenía otra alternativa que aceptar los ‘agradecimientos’ por mis trabajos, porque las negaciones fuertes enojan a los ancianos locales. Lo único que logré, es la posibilidad de negar agradecimientos monetarios”.

—¿Le podemos preguntar a usted, Ivan Aleksandrovich (dijo Nemerovski, cuando hubo una pausa), si logró llegar a su sueño de la vida sin dinero?

—Sí, yo vivo sin él. En mi casa, ustedes no van a encontrar un *kopek*²⁶.

—¿Pero de dónde usted saca ropa, vajilla, herramientas y otras cosas necesarias para la vida?.

—Todo lo que puedo, lo hago por mí mismo. Por ejemplo, el calzado que usted ve, yo lo confecciono con madera y lienzo. La ropa, en general, yo la coso por mí mismo, porque no uso trajes, excepto camisas y pantalones. Pero algunas veces mis clientes y alumnos me traen ropa hecha. En caso de emergencia, cuando no puedo encontrar una cosa, que a la vez no puedo hacerla yo mismo, recurro al intercambio. Los productos como frutas, verduras, papas, trigo, siempre encuentran interesados, y por esos productos siempre me dan lo que yo necesito.

²⁶ El *kopek* es la centésima parte del rublo, la moneda rusa.

—Y esta vida, ¿es suficiente para usted, querido profesor? —preguntó Burski—. ¿Nunca usted se lamentó de haber dejado la cátedra, la ciencia, huyendo de la gloria, la que usted mismo construyó en el campo de la ciencia?.

—Ni la ciencia, ni la cátedra, ni la gloria me atraen en absoluto, y entonces yo no lo lamento. En la pregunta acerca de si esta vida es suficiente para mí, yo respondo, sin pensar, positivamente. Solamente ahora yo he sentido qué es la alegría del trabajo y de la vida, en el íntimo contacto con la naturaleza. Solamente ahora yo he entendido que cada persona puede organizar las condiciones para la vida en donde va a sentirse contento y feliz.

—¿Pero usted no piensa que en el campo de la ciencia podría aportar más que hurgando en la tierra, y viviendo entre la gente que piensa que usted es un *yurodivy*?.

—No me hablen de ciencia. Yo no puedo negar su beneficio, pero, hablando sobre mí mismo, les debo decir que hay mucho más beneficio en enseñar a leer y a escribir a las personas que quieren aprender, que disertar sobre reglas dudosas de economía política y derecho financiero. ¡Y ni hablar sobre mi vida privada! Yo me siento aquí tan liviano y libre, como nunca podría sentirme en la ciudad. Solamente la posibilidad de vestirse simplemente, sin corbata, sin cuellos almidonados, sin fracs, sin smokings, etc., puede dar a la persona tanta comodidad y tranquilidad, que ninguna de las atracciones de la vida civilizada de la ciudad podría atraer a la persona de campo a la ahogada y maloliente atmósfera de la urbe. ¡Y la posibilidad de no tener ningún asunto con propietarios, funcionarios, policía y otros parásitos de la humanidad vale mucho! Aquí, yo me siento a mí mismo como humano y no como peón, al que cada uno manipula a su antojo. La gente de la que estoy rodeado, y a la que trato, de acuerdo con mis posibilidades, de beneficiar, está más cerca de mi corazón que los ciudadanos, quienes son en general gente que está acostumbrada a la falta de sinceridad, a la falsedad, a la envidia, y al odio a la humanidad. Obviamente, en la ciudad cada uno está listo para saltarle al cuello a su prójimo para lograr un puesto bien pago, por un rublo más, por un departamento más barato; pero aquí nosotros vivimos simplemente de manera natural, en medio de la naturaleza y en el amor mutuo. Frecuentemente, yo pienso que los legados de Cristo sobre fraternidad e igualdad entre los hombres funciona solamente cuando la persona entiende la necesidad de cortar con las formas desagradables de la vida en la ciudad...

Surkov se calló y se sumergió en sus pensamientos. Los visitantes también se quedaron callados, teniendo miedo de romper el silencio.

Entre tanto, empezó a atardecer. Nemerovski y Burski se apresuraron a despedirse, por la gran distancia que había hasta la estación de tren. Dieron las gracias rápidamente a Surkov por la atención, y emprendieron la marcha.

En su despedida, Surkov les dijo: “Para el tren faltan dos días. Si ustedes quieren, amigos míos, pueden pasar esos días conmigo. Serán muy bienvenidos a mudarse conmigo. Vamos a conversar, a trabajar y a vivir juntos”.

Al día siguiente, los viajeros aparecieron por la mañana temprano y empezaron a hacer las cosas que nunca habían hecho en su vida, o sea, trabajar en el jardín y en la huerta. Ellos además ayudaron al anfitrión a enseñar lectoescritura a dos o tres visitantes, y a asistir en la atención de los enfermos, a los que Surkov les daba hierbas curativas que él mismo recolectaba, o les sugería compresas, baños y rayos de sol.

Jamás en sus vidas Burski y Nemerovski sintieron tanta alegría y placer. Los dos días se volaron como un minuto, y cuando llegó el día de partir era obvio que ellos no querían irse. Casi con lágrimas en los ojos, se despidieron del generoso anfitrión. El tren, con ruido, con traqueteo y sacudimiento, los trajo de nuevo a la capital, con sus veredas, electricidad, tranvías, rascacielos, sofocamiento, polvo y otras bellezas de la ciudad moderna.

A las pocas semanas, Nemerovski dejó la cátedra y se despidió de sus amigos Burski y Gavrilov. Abandonó la capital y se alojó con Surkov. Él mantuvo correspondencia con sus amigos.

En sus últimas cartas, Gavrilov se extendía mucho sobre la disconformidad de la vida en la ciudad y exponía las ideas sobre la necesidad de crear comunidades agrícolas.

En las revistas, de nuevo empezaron a hablar sobre Surkov, y en poco tiempo comenzaron a aparecer noticias sobre la organización de comunidades agrícolas bajo su conducción.

Dicen que a la policía le ordenaron vigilar muy estrictamente a las cosas que pasan en la estación Neplevka.

Aleksei Abutkov

Sobre la organización de colonias

Publicado (en ruso) en la revista *Golos truda*, 283 (1 de febrero de 1928), p. 2.

En el número 281 de “Golos Truda” leí la carta de A. Palamarchuk sobre la colonia agrícola “Vidvaga”²⁷. En su carta, el autor, pide que lo ayuden a armar la colonia, explicando que la misma está basada en principios anarquistas.

Lamentablemente, la carta no dice dónde está “Vidvaga”, y no hay dirección a través de la cual podamos hacer contacto con los organizadores de la colonia, y por eso pido a la redacción de “Golos Truda” publicar mi artículo en sus páginas, pensando en que este asunto tan importante, como la organización de las comunas de trabajo, puede ser interesante para todos los lectores.

Estoy lejos de considerarme un conocedor del asunto, pero pienso que yo puedo dar algunos consejos útiles, ya que a lo largo de mi vida tuve numerosos contactos con organizaciones de trabajadores y obreros, y conozco muchos intentos fallidos, pero también vi otros que dieron buenos resultados. El destino me llevó a ver en Rusia las comunas que organizaron los bolcheviques. Yo soy testigo de la inviabilidad de las bases en las que estas comunas fueron creadas. Por otro lado, yo viví y trabajé en algunas colonias de campesinos donde las cosas no eran tan malas. En tiempos actuales, yo soy miembro de una colonia mediana de campesinos que estoy organizando, y por eso quiero prevenirle a los iniciadores de este asunto tan bueno, como es el de las colonias agrícolas, acerca de los errores más frecuentes que en general cometen los organizadores cuando empiezan a aparecer estos colectivos. Por eso, le pido a los organizadores de “Vidvaga” (obviamente, si están interesados) comunicarse conmigo para brindarles la

²⁷ Efectivamente, en el N° 281 de *Golos Truda* (01/12/1927) apareció la mencionada carta de Palamarchuk, en la sección destinada a las cartas de los lectores. No sabemos quién era A. Palamarchuk, pero podemos suponer que era de origen ucraniano, no solo por su apellido, sino también porque el nombre de su colonia, “Vidvaga”, pertenece al idioma ucraniano y significa “coraje”.

información que van a necesitar durante los primeros tiempos de la organización de la colonia.

Teniendo yo adecuados conocimientos agronómicos y práctica de muchos años en agricultura, tengo la esperanza de poder ayudar con mis consejos y sugerencias. En cualquier caso, a través de mis conocimientos y experiencia, e incluso si necesitan de mi trabajo, siempre voy a estar dispuesto para los anarquistas y para quienes quieran trabajar pacíficamente en el campo de la agricultura.

Sin necesidad de entrar muy profundamente en la organización de las colonias de trabajo, yo quiero subrayar en este artículo que el camarada Palamarchuk le da mucha importancia al “reglamento” de la colonia, porque el reglamento es igual a la ley que los miembros deben acatar, y si hablamos sobre obediencia y deberes que deben seguir, entonces, ¿de qué colonia de “principios” anarquistas se trata? Esto sería simplemente un artel²⁸, y nada más.

Pienso que lo más importante de la colonia de trabajo no son las reglas, sino encontrar los miembros adecuados. La colonia será viable solamente en el caso de que los miembros sean compatibles en sus creencias. Por el contrario, si se juntan 15 o 20 personas absolutamente diferentes en sus ideas políticas y morales, podemos profetizar, con seguridad, un final muy prematuro de esta colonia. Esto es lo más importante que deben pensar los organizadores.

Imaginemos que los integrantes de la colonia serán un bolchevique, un tolstoiano y un simpatizante de los anarquistas asociativos. ¿Podrían ellos trabajar juntos, en armonía, si el bolchevique va a insistir con firmeza en la necesidad de una dictadura en la colonia; el tolstoiano, con sus convicciones, no va a aceptar la posibilidad de subordinación a aquella; y el anarquista va a tratar de difundir sus ideas con las que el bolchevique no puede coincidir? Se va a confirmar la fábula de Krylov²⁹ de que “cuando entre amigos no hay acuerdo, sus asuntos no van a prosperar y de esto va a salir una tortura y no un proyecto”.

²⁸ El artel es una asociación de tipo cooperativa de trabajo, que tuvo mucha presencia en Rusia luego de la emancipación de los siervos (1861) y hasta la década de 1950.

²⁹ Ivan Krylov (1769-1844) fue un poeta ruso, considerado el fabulista por excelencia de la literatura rusa.

Y esta es una de las condiciones más importantes para el éxito de una colonia: la solidaridad permanente entre las visiones de sus miembros; sin eso, es imposible una fuerte unión.

Otro aspecto muy importante es la organización planificada de los bienes comunitarios de la colonia. Empezar cualquier proyecto sin pensar qué va a resultar de eso, es una cosa muy arriesgada. Cuando hablamos sobre un proyecto agro-cultural, eso se convierte en lo más serio e importante. Antes de empezar cualquier trabajo en la tierra, debemos analizar con alguna seguridad las condiciones agrícolas locales, es decir, prever cuáles plantas pueden crecer en esta región, cuáles de ellas pueden generar ganancias, cuánto se debe invertir para empezar este proyecto (inventario de bienes vivos y materiales), presencia de mano de obra, etc. Para la planificación de la organización, lo mejor es consultar a la persona que más sabe sobre esto.

Por otra parte, no debemos olvidar que el asunto más importante de la colonia es brindar a sus miembros los artículos de primera necesidad, para que vivan con el resultado del “trabajo de sus propias manos”. Si los miembros de la colonia van a pensar, en general, “solamente en las ganancias”, este emprendimiento se va a convertir en comercial. En este caso, vamos a tener un emprendimiento capitalista, aunque de manejo colectivo. Para las colectividades anarquistas, las ideas deben ser antagónicas al beneficio y las grandes ganancias.

Pero las preguntas sobre la planificación de la organización (sin dejar de ser importantes), las que tratan de prevenir con planificaciones y reglamentos, y hasta leyes, se diluyen muy fácilmente con la vida y los acuerdos entre los miembros de la colonia. Con mayor razón, eso se conduce a través del siguiente principio: “de cada persona sus capacidades, a cada persona sus necesidades”.

Aleksei Abutkov

Fragmentos de recuerdos sobre L. N. Tolstoi

Alejo Abutcov

Publicado (en ruso) en la revista *Golos truda*, 290 (1 de octubre de 1928), p. 3.

Érase una vez, cuando yo era todavía estudiante del Gimnasio Clásico de S...³⁰, que yo recibí de una señora conocida de mis padres un paquete cerrado para que le entregara al director del gimnasio y, como ella dijo, "en mano".

Después de algunos días de haber terminado las clases, el director me llamó a su oficina y me devolvió el paquete envuelto en papel de diario y atado fuertemente con una piola, con la directiva de llevarlo inmediatamente a la casa de esa señora, y agradecerle por el préstamo.

A mí me dio curiosidad saber qué había dentro del paquete. Seguramente algo muy interesante, que yo no debería saber, porque la señora que mandó este paquete, como el director que lo devolvió, me ordenaron no desatar el paquete bajo ninguna circunstancia. Yo no pude ganarle a mi curiosidad, entré en el parque público, encontré un banco muy discreto en un callejón entre árboles lejanos, desaté el paquete, y empecé a leer el manuscrito que estaba adentro. Era el "Epílogo a La sonata a Kreutzer"³¹, de L. N. Tolstoi. Por supuesto, el artículo estaba lejos de mi entendimiento, ya que yo era todavía muy joven para descifrar las ideas expresadas por el autor. Además, yo no había leído "La sonata a Kreutzer", y eso dificultó más mi entendimiento. No obstante, la lectura de esta obra³² me dio

³⁰ Se refiere al Gimnasio Clásico de Simbirsk, la principal institución de enseñanza de esa ciudad.

³¹ Teniendo en cuenta que el *Epílogo a La sonata a Kreutzer* se publicó por primera vez en 1890, y que Abutcov estudió en el gimnasio entre 1884 y 1892, los hechos narrados tienen que haber sucedido entre 1890 y 1892, cuando Abutcov tenía entre quince y dieciocho años de edad.

³² Se refiere al epílogo.

mucho placer: yo sentí intuitivamente que el autor decía la verdad, la que por algunas razones no le estaba permitida saber a los niños. Luego de atar el paquete, lo llevé a la destinataria y, al volver a casa, le pregunté a mi padre si él tenía algunas obras de Tolstoi. Mi padre respondió negativamente y, con un tono muy severo, agregó que era todavía muy pronto para que leyera tales libros, y que sería mucho mejor que me dedicara más las tareas que a leer los libros destinados a los mayores.

Como se suele decir, "el fruto prohibido parece más rico". Las obras de L. N. Tolstoi eran para mí el fruto prohibido. A escondidas de mis padres, encontré en la biblioteca pública algunas obras de este autor y empecé a leerlas. Ni "Guerra y paz", ni "Anna Karenina" me afectaron: un chico no tiene la capacidad de valorar estas novelas por sus méritos. Pero los cuentos populares, como "Dios no está en la fuerza, sino en la verdad"³³, "Qué hace vivir a los hombres", "Donde está el amor está Dios", y otros, me encantaron. Yo repetí la lectura de ellos, varias veces. Desde ese momento Lev Tolstoi se convirtió en mi autor preferido. Nacido y criado en una aldea, yo entendía el amor de Tolstoi por la gente humilde, sus llamados a trabajar la tierra, sus consejos a "simplificar" la vida y sus visiones sobre la injusticia social.

Segunda parte de los años noventa del siglo pasado³⁴. Un día helado en Moscú. El sol brilla muy fuerte, pero no calienta. La nieve brilla bajo el sol con destellos dorados y, a veinte grados bajo cero, cruje debajo de los pies de los peatones que pasan muy rápido, y chirria lastimosamente bajo el trineo del conductor. La calle está bastante desierta porque la gente, sin asuntos muy importantes, no sale de sus cálidos departamentos. Yo estoy esperando el tranvía a caballos, caminando muy rápido de un lugar a otro para no congelar mis pies. Con gran placer yo me hubiera quedado en casa, pero, dado que era un estudiante pobre, debía salir y dar clases por unos centavos para encontrar posibilidades para sobrevivir. Al final

³³ En la bibliografía de Lev Tolstoi no hemos encontrado ninguna obra con este título (en ruso: *Ne v sile Bog, a v pravde*). No obstante, la frase "Dios no está en la fuerza, sino en la verdad" era frecuentemente utilizada por Tolstoi, y formaba parte de su filosofía. La frase es atribuida al príncipe Aleksandr Nevski (1220-1263), santo de la Iglesia ortodoxa rusa.

³⁴ Suponemos que la acción del relato que empieza aquí a narrar transcurre entre 1895 y 1896, ya que Abutcov, luego de haber finalizado sus estudios de derecho en la Universidad Imperial de Moscú en 1896, regresa a Simbirsk. En 1898 se trasladará a San Petersburgo.

apareció el tranvía que yo tanto esperaba. Entro y encuentro un único asiento libre. Adentro del vagón hay como un vapor azulado de la respiración de los pasajeros. El vagón para, se abren las puertas, y entra un pasajero: alto, *muzhik*³⁵ bastante corpulento, vestido con un *tulup*³⁶, un gorro de piel y un palo en la mano. Su no muy larga, rala y absolutamente canosa barba, y sus cejas pobladas sobre los ojos, están escarchadas de hielo.

No había lugar en el banco para el pasajero que entró, y por eso se quedó parado entre dos bancos, apoyándose sobre su grueso palo para mantener el equilibrio mientras el vagón aceleraba y frenaba. Educado desde la niñez para ser amable con la gente mayor que yo, y además con los ancianos, me levanté y le dije: "¡Por favor, tome mi asiento!". "Estoy muy agradecido, joven", respondió él, y tomó mi lugar. Yo me paré cerca de él y empecé a observar los rasgos en su cara. Quedó grabado en mi memoria: nariz ancha, frente con arrugas profundas, cejas canosas y pobladas, y ojos grises y vivos bajo ellas. Me di cuenta de que la gente que estaba sentada en los bancos estaba muy interesada sobre el nuevo pasajero, y por eso lo miraban de vez en cuando, a la vez que varios pasajeros empezaron a susurrar entre ellos.

Pronto el vagón se paró en la bifurcación. El pasajero de *tulup* se levantó para salir y tomó el picaporte de la puerta; pero antes de abrir, todos los pasajeros, como si se hubieran puesto de acuerdo, se levantaron y se sacaron el sombrero para saludarlo. Este, a su vez, levantó su gorro de piel y, haciendo una reverencia a todos, salió del vagón. Entonces yo me dirigí a unos de los pasajeros con una pregunta: quién era esta persona a quien se le daba tanta atención. "Es Lev Tolstoi, escritor", me respondió el pasajero. Solamente entonces caí en la cuenta de que los rasgos de la cara de Tolstoi eran muy bien conocidos debido a los retratos, los que yo encontraba en diferentes revistas, en las exposiciones de las vidrieras de las librerías, etc.

Estuve a punto de llorar desconsoladamente, de bronca hacia mí mismo, por haber estado tan cerca de tan genial persona, a la que yo amaba con toda la idolatría de mi juventud. Perdí la oportunidad de pedirle visitarlo para conversar sobre muchas preguntas que me torturaban. Sin embargo, la fortuna estaba de mi

³⁵ *Muzhik* significa "hombre", pero en Rusia era común la utilización del término para referirse a los campesinos pobres.

³⁶ Abrigo tradicional ruso confeccionado con piel de oveja

lado y pronto tuve la oportunidad de encontrarme con Tolstoi nuevamente y hablar con él en privado.

Pasaron muy pocos días desde el encuentro que describí. Supe la dirección de L. N. Tolstoi gracias a una familia conocida, y decidí ir inmediatamente hacia él. Me decían que conseguir una reunión con el gran escritor no era fácil; primero, porque él está muy ocupado con su trabajo literario, y segundo, porque hay tantos interesados en verlo, que no hay ninguna posibilidad de que los reciba a todos. Sin embargo, yo decidí irrevocablemente probar fortuna.

Busqué en el plano de tranvías de Moscú y, luego de comprar la foto de Tolstoi en una de las librerías, emprendí mi camino. Ni hablar de que durante todo ese tiempo tuve mucha ansiedad, la cual no me dejó hasta el último momento, cuando ya estuve en el patio de una casa mediana y de madera de los condes Tolstoi, en el callejón Jamovnicheski³⁷, y apoyé mi mano en el timbre. Recuerdo que en ese momento me calmé absolutamente.

La puerta se abrió y, sin nada de ansiedad, le dije al sirviente, que estaba de frac, que quería ver a L. N. Tolstoi. Por el sirviente supe que a estas horas (eran las 3 de la tarde) L. N. no recibe a nadie. "Si usted quiere ver al conde, venga por favor más tarde... ¿Cómo debo anunciarlo?". Yo no mencioné mi apellido e hice el ademán de irme a la salida del patio. En ese momento, de una puerta, salió un señor (no supe en ese instante quién era). Parece que en mi cara había tanta decepción, que el señor que salió de la casa me preguntó muy amablemente por qué yo estaba allí y, conociendo mi motivo, me aconsejó venir ese mismo día a la tarde porque, caso contrario, yo podría no conseguir una reunión con Tolstoi, ya que en esos días él se iría de Moscú. Seguí los consejos del desconocido y, después de las ocho de la tarde, ocurrió el acontecimiento, que yo considero uno de los más significativos de mi vida.

Tolstoi no solamente me recibió, sino que su trato era indulgente hacia mi deseo de hablar con él sobre los temas que eran muy importantes para mí, sobre el sentido de la vida, la religión y el arte. Antes de que pudiera explicar para qué lo visité, L. N. me dijo: "Yo me acuerdo de usted: hace unos días, usted me ofreció el

³⁷ Se trata de la actual Casa-museo de L. N. Tolstoi en el distrito Jamovnicheski. El callejón Jamovnicheski ha sido rebautizado como calle Lev Tolstoi.

asiento en el vagón del tranvía. Si usted me necesita, le puedo ofrecer un poco de mi tiempo". De nuestra charla, que duró entre 20 y 25 minutos, quedó claro que la mayoría de mis preguntas sobre las que yo quería hablar con L. N. ya tenían las respuestas de manera clara y precisa en sus obras, las que yo todavía no leía porque no sabía de su existencia (estas obras estaban prohibidas por la censura, y por eso no las conocía). Sin embargo, L. N. aclaró con gusto mis dudas y yo, con admiración, lo escuchaba tratando de no perder una sola palabra de esta gran persona. No quiero contar nuestra charla, porque temo no tener las palabras justas de L. N. (la verdadera escritura de ellas, al igual que el retrato autografiado que yo le pedí a L. Nikolaievich, me fueron secuestrados por los bolcheviques en un allanamiento en 1919).

Cuando pasé al bello comedor, tuve el placer de conocer a muchos de los miembros de la familia de L. N.

Él vivía apartado de ellos, en el piso de arriba, en dos habitaciones medianas y bastante sencillas. Lev Nikolaievich estaba vestido con una *rubaja*³⁸ azul oscura por fuera del pantalón, con el pequeño cinturón, pantalones anchos y botas de puntas anchas casi trianguladas, hechas con sus propias manos.

Me acuerdo que en el primer momento yo sentí miedo delante de la figura de Tolstoi, alto y robusto, pero el miedo desapareció inmediatamente cuando escuché las primeras palabras, que ya mencioné, de esta gran persona. Al volver a mi casa, no sentía mis piernas de la alegría, y llevaba el retrato en mi bolsillo sobre el cual él, "con su propia mano", escribió su nombre y apellido, mientras yo iba repitiendo sus últimas palabras: "Trate de hacer las cosas que estén dentro de sus posibilidades. Si va a necesitar de mis consejos, escríbame. Estaré contento de serle útil".

Ante mí se descubre otra imagen. La aldea en *Sredniaia chernozemnaia polosa Rossii*³⁹. La fila de cabañas con techos de paja o de madera. ¡Qué bello es el paraje que rodea a la aldea! Cerros bajos y una larga franja de bosques centenarios en el horizonte. Sobre uno de los cerros está la antigua mansión señorial, junto a los

³⁸ Especie de camisola.

³⁹ Nombre de una región de Rusia. Podría traducirse como "Región de las tierras negras de Rusia Central".

parques y jardines. A ambos lados del portón se levantan torres no tan altas, gruesas, de ladrillos, pintadas de color blanco. De este portón sale un callejón largo de abedules, donde al final hay una casa blanca de dos pisos con columnas. Esta es la mansión de Lev Nikolaievich Tolstoi, cuyo nombre es "Yasnaia Poliana", la cual está inmersa en el verde de los antiguos tilos, abedules y frutales. Si el visitante, en este momento, se da cuenta de que aquí nació, vivió y escribió la mayor parte de sus obras geniales una de las más grandes personalidades rusas, el orgullo no solamente de nuestra patria, sino de toda la humanidad, la impresión de la contemplación del cuadro llega a un sentimiento de alegría extática. Yo sentí eso, y otra gente que estuvo en Yasnaia Poliana me decía casi lo mismo.

Cuando viajé por primera vez a Yasnaia Poliana, llegué a la estación Kozlova Zaseka, de la línea de ferrocarril Moscú-Kursk, y la mansión de L. N. estaba a 3 verstas⁴⁰ de allí, y experimenté los sentimientos que sienten las personas religiosas cuando van de peregrinación a lugares santos. ¡Pero qué diferencia encontré en el habitante de Yasnaia Poliana! Él estaba avejentado y, de acuerdo con sus propias palabras, había empezado a enfermarse seguido. Sobre su cabeza y su barba había más canas, y en los ojos apareció algo como opaco, características de vejez profunda. Pero de todas formas, cuando hablábamos sobre los acontecimientos o los libros que tocaban la visión del mundo de Lev Nikolaievich, sus ojos brillaban con un fuego especial.

Como siempre, él vivía prácticamente apartado de su familia. En la planta baja había una habitación, la que era como su recibidor para la gente. En la planta alta había tres o cuatro habitaciones austeras, sillas simples, un sofá pequeño, y la mesa con un mantel aldeano. Pero ¿qué importancia tiene para un visitante, cuya meta es ver a un gran hombre, y escuchar sus palabras consoladoras y de apoyo?! Sin exagerar, puedo decir que la gente va a Yasnaia Poliana, como en los tiempos antiguos la gente "cansada y abatida" iba a Cristo y recibía tranquilidad y consolación, y advertencias y consejos que dejan huellas para toda la vida... Al menos, puedo decir eso sobre mí.

⁴⁰ La versta era una unidad de longitud rusa, actualmente en desuso, que equivalía a 1.066,8 metros.

La última vez que estuve en Yasnaia Poliana fue en 1916: yo quería reverenciar la tumba del "gran escritor de la tierra rusa". Esta tumba está más o menos a una versta de distancia de la mansión de L. N. Tolstoi, en el borde de un barranco que tiene el nombre de "Stary Zakaz". Por pedido de Lev Nikolaievich, su entierro fue exactamente aquí, dado que él amaba muchísimo este lugar debido a sus recuerdos de niñez (él y sus hermanos, cuando eran niños, creían que allí estaba enterrado "el palito verde" sobre el que está escrito el secreto de cómo debe vivir la gente para ser feliz, nunca peleando ni enojada).

Esta tumba solitaria, bajo las sombras de viejos robles que mueven silenciosamente sus ramas verde oscuras y susurran misteriosamente sobre el alma grandiosa de los restos que están aquí bajo la tierra, provoca sentimientos tristes.

Alrededor de la tumba hay una cerca. Ella está escrita por muchos visitantes, que han venido de distintos países para reverenciar la tumba del casi más popular escritor y pensador de su tiempo.

¡Que la tierra sea liviana en tu tumba, gran maestro y seguidor de la prédica de Cristo sobre el amor entre los hombres, la hermandad y el perdón total!

Aleksei Abutkov

Un extraño sueño

Alejo Abutcov

Publicado (en ruso) en la revista *Seiatel / Sembrador*, 3 (junio de 1933), pp. 45-47, y 4 (julio - agosto de 1933), pp. 11-13.

Hace días tuve un sueño muy interesante. Soñé que emigraba a un país que no recuerdo cómo se llama, pero en el que se hablaba un idioma que yo conocía muy bien: el francés. Cuando emigré, empecé la vida como lo hacía en cualquier país a donde había viajado en todas las etapas de mi vida, por razones políticas. Entonces, yo alquilé un terreno para hacer un huerto, un jardín de frutales y otros cultivos. Durante el tiempo en que yo no enseñaba agronomía, apicultura, música, o a leer y escribir, trabajaba la tierra. Yo vivía de manera normal, pero el gobierno me consideró culpable de algo, y me llevaron a juicio.

Estuve preso durante algunos meses, y finalmente me llevaron al edificio del juicio para juzgarme. La investigación fue muy larga, y dictaminaron que era culpable de intentar derribar al gobierno. De acuerdo con las reglas de este país en el cual yo vivía, por este delito debía ser deportado “a la región de los criminales políticos”. Yo sabía que en otros países, por este mismo delito, te fusilaban en vez de deportarte. Estas reglas son muy humanas, y el fusilamiento de otros países aquí se cambia por deportar a la persona a una vivienda permanente en lugares muy lejanos. Ese sitio tiene el nombre de “región de los criminales políticos”, y en verdad el gobierno se libera, para siempre, de la gente políticamente no confiable. No se deben construir cárceles para estas personas (que son muchas en estos tiempos), gastar plata para el personal de la cárcel, ni se les debe alimentar, dar ropa, ni cuidar de ellos. Es más fácil sacar de la vista para siempre a las personas perjudiciales, aislarlos, asignarles el lugar más lejano, cerca de las costas del océano, desde donde volverse es casi imposible. En todo caso, nadie volvió hasta hoy.

Los límites del campo de deportados eran infranqueables, y el único punto de contacto con el resto del mundo estaba tan bien custodiado que pasar esta línea

era, de hecho, imposible. Entonces, por la sentencia, yo debía empacar para este tour a “la región de los criminales políticos”.

Para arreglar mis asuntos me dieron una semana, y en ese tiempo yo debía liquidar todas mis posesiones, vender a mitad de precio la casa y todos los bienes vivos y materiales. De acuerdo con las reglas de este país, el criminal político tiene derecho a llevar gratis, hasta el lugar de su nueva vivienda, diversas cosas de su propiedad hasta 1.000 kg. Se entiende que yo decidí llevar mi biblioteca completa, mi piano de cola, algunos muebles, algunas de mis herramientas agrícolas y las semillas. Se juntaron más de 1.000 kg, y yo debía pagar de mi bolsillo una suma bastante grande. Como ustedes entenderán, en mi bolsillo no había mucho dinero. Yo tenía miedo de no tener buenas posibilidades económicas para el comienzo en aquel lugar: los resultados de una liquidación tan apresurada no fueron muy brillantes.

Al fin llegó el día de la partida y, como en cualquier país civilizado, en el momento en que debía tomar el tren, revisaron todo para asegurarse que entre los libros, ropas y zapatos no había armas.

El lugar era de verdad “muy lejano”, y por eso el tren se arrastró hasta allí durante 10 días enteros. Además de mí, llevaban bastantes criminales a lugares “no tan remotos”. Mientras se alejaba el tren del centro del país, iban disminuyendo los criminales, porque iban sacando a los arrestados del tren de acuerdo con sus lugares de destino. Al llegar al límite de la región de los criminales políticos quedaba solamente yo, y por eso ya había poca guardia. Cuando el tren se paró, me recibieron los soldados de guardia y sacaron mis cosas. El tren dio la vuelta y a mí me dejaron en una celda solitaria, mientras yo me preguntaba angustiosamente: “¿Qué va a pasar conmigo?”. Esperé poco tiempo. A las 2 o 3 horas abrieron la celda, y me recibió, con todos los papeles de identificación, una persona de mediana edad, de apariencia agradable, con blusa y pantalones de lienzo.

—Todo está listo, podemos ir. Tus cosas van a llegar a nuestra comunidad a más tardar hoy —me dijo—.

Nos sentamos en una telega⁴¹ y fuimos hacia el camino. Durante todo el trayecto, mi compañero tuvo que responder a mis preguntas. Es entendible que yo estuviera tan interesado por mi futuro y, a través de mis preguntas, quería

⁴¹ La telega es un carro de carga de cuatro ruedas, a tracción animal, típico de Rusia.

imaginar mi vida futura. Mi primera pregunta fue acerca de con quién tenía el gusto de hablar. El nuevo conocido me respondió:

— Yo soy, al igual que tú, un criminal político al que han enviado hasta aquí. Mi nombre es Beta.

— ¡Qué nombre raro! —dije yo—.

— Nosotros, aquí, elegimos nuestros nombres, y buscamos palabras cortas y fáciles de recordar. Yo elegí para mi nombre la segunda letra del alfabeto griego. Veo en los papeles que tu nombre es Aleksei. Si quieres, puedes dejarte ese o elegir otro...

De acuerdo con lo que yo entendí de nuestro diálogo, los lugareños no tienen apellidos. En caso de ser necesario, al nombre se le agrega la denominación de la comunidad o del taller en donde la persona trabaja. Después, Beta me aconsejó que no lo tratara de “usted”.

— ¿No es raro y no es gracioso hablar con una persona en singular como si fuera la 2ª persona del plural?⁴² Por lo menos, en nuestro lugar no tenemos esas costumbres de la esclavitud. Nosotros nos tratamos de “tú”.

— ¿Y ahora, a dónde vamos? —pregunté yo—.

— A la primera comunidad, la más cercana a las vías. Allí podrás descansar del largo camino, y vas a pensar en cuál comunidad quieres inscribirte.

— Pero aquí, en esta área, ¿hay algún compatriota mío?

— Aquí hay muchos rusos. Es una de las naciones de donde sale el mayor porcentaje de criminales políticos.

— Por supuesto, yo querría inscribirme en una comunidad en donde haya muchos rusos, para no tener dificultad en la comunicación.

— No hay peligro, porque acá todos hablan perfectamente, no solamente en su lengua natal, sino también en el idioma “ido”⁴³.

⁴² En ruso, al igual que en otros idiomas, el trato formal implica para la segunda persona del singular el uso de la segunda persona del plural.

⁴³ El ido es una lengua auxiliar, artificial, de la que Abutcov era experto. Se trata de una versión simplificada (o, según algunos, mejorada) del esperanto.

— ¿Y por qué no en esperanto? —pregunté yo—.Después de todo, es el idioma más utilizado.

— Antes, nosotros también lo usábamos. Pero ahora usamos un idioma más simple, el ido, que, en general, es igual que el esperanto, pero mucho más simplificado. Cada nueva persona recibe una gramática y un diccionario de este idioma. En tres horas puedes perfectamente aprender la gramática y leer, con la ayuda del diccionario. En algunos días ya podrías comunicarte a través del “ido”. Por eso, en cualquier comunidad que vayas a elegir podrás perfectamente hablar con tus compañeros.

Muchas cosas interesantes me explicó Beta en nuestro largo camino, desde la estación del tren hasta la comunidad. La región en donde se deporta a los criminales políticos tiene un territorio muy grande, y hay muchos países independientes en el mundo que tienen una superficie menor. Es un valle que, por su posición geográfica, está absolutamente aislado del mundo exterior. Por ambos lados está el océano. Las costas de este son inaccesibles para la navegación, ya que son piedras enormes que salen del agua, y millas de rocas, y el agua rompe contra las rocas, esparciendo miles y miles de gotas. No hay ninguna posibilidad de salir a mar abierto, ni siquiera en un bote muy pequeño, sin correr el peligro de que se rompa en estas rocas. De los otros dos lados, el valle está limitado por altísimos riscos, y ellos son infranqueables. Existe solamente un desfiladero para salir del área. Cerca de este desfiladero está la estación de tren, y una guardia muy estricta, la cual debe vigilar que ningún deportado a la región pueda salir de allí. De la misma forma, ningún extraño puede entrar.

Por todo esto, para la gente que estaba deportada no había posibilidad de vuelta. No obstante, nadie quiere salir de allí, ya que viven muy bien.

Como me contó mi compañero, toda la población del área (más de 1.000 personas de ambos sexos) está dividida en comunidades y talleres. Las primeras se formaron a partir de agricultores con sus familias, que en conjunto son propietarios de un terreno. Dependiendo de la naturaleza del trabajo que realizan, las comunidades tienen el nombre de huerta, cereales, frutales, etc. Los habitantes que saben cualquier artesanía se juntan en los talleres. Para los artesanos, el taller es equivalente a lo que la comunidad es para los agricultores. Esto es, entonces, la

unión entre personas de una profesión sobre las bases de igualdad y fraternidad. En la región hay talleres de carpinteros, de zapateros, de herreros, etc.

Mucho quería preguntar acerca de la organización interna de las comunidades y de los talleres, sobre la mutua relación entre ellos, pero no pude hacerlo porque ya habíamos llegado a la comunidad N° 1. Me alojaron en un departamento, en donde me proporcionaron una habitación limpia, amplia y luminosa. A las dos horas vino Beta y me dio la gramática y el diccionario de Ido, y me presentó al primer afiliado de esta comunidad, cuyo nombre era "List"⁴⁴. En ese momento descubrí que era mi compatriota. No hace falta decir que la conversación, las preguntas y las historias no hubieran tenido fin, si la hora tardía no nos hubiera obligado a irnos a dormir.

En los días siguientes, se decidió que yo iba a inscribirme en la comunidad N° 5, en donde trabajaban los hortelanos, ya que siempre había tenido inclinación por el trabajo agrícola. Además de eso, Beta y List me dijeron que en esta comunidad estaba organizada la escuela de tipo secundaria, en donde yo podría ser muy útil dada mi educación. List se ofreció a acompañarme y salimos al camino...

Mi sueño seguía, y yo vivía en la comunidad N° 5. Tenía una huerta y una casita en la costa del río. El río es ancho y rápido, pero absolutamente imposible para navegar. Un bote no podría salir de la costa porque el río es muy pando y el fondo tiene rocas. De la superficie salen piedras y, debido a la velocidad del agua, las embarcaciones se rompen. El río empieza en las montañas y, hasta su delta en el océano, no pierde su velocidad y características de río montañoso, y entonces sigue con gran velocidad a través de las rocas y con ruido rompe en ellas. Miles de gotas blancas estallan acá y allá hacia todos los lados, y brillan en el sol con todos los colores del arco iris.

⁴⁴ "List" significa "hoja", en ruso. A la vez, si tenemos en cuenta la escritura original en cirílico, Лист, es la misma forma en que se translitera en ruso el apellido del compositor Franz Liszt.

¡Qué bien vivo aquí! No hay otro lugar en donde puedas encontrar verdadero amor fraterno entre la gente. La comunidad no es grande: hay solamente 50 familias, pero en ciudades con una población de miles de personas no hay una cultura como la que encontré aquí. Obviamente, yo hablo sobre cultura intelectual y espiritual, y no sobre edificios de doce pisos, ni sobre tranvías, ni sobre ferrocarril bajo tierra⁴⁵, etc. No; en nuestra comunidad todo es simple, campesino, nada que te recuerde a la ciudad. Vivimos sin teléfono, sin electricidad, sin teatros y, aún, sin iglesias. ¡Dios, líbranos de los teléfonos, tranvías, cines, restaurantes! Vivimos mucho mejor sin ellos.

A todo esto, nosotros sentimos que somos hermanos, aun cuando en la población de la comunidad hay gente de distintas nacionalidades. Gracias al estudio del idioma internacional “ido”, todos nos entendemos perfectamente. En unos pocos días es posible aprenderlo. Obviamente que en la vida privada, al interior de las familias o con sus compatriotas, todos hablan en su idioma natal.

En el momento de un encuentro, nadie dice palabras inútiles y superficiales. Por ejemplo, dejamos absolutamente la costumbre de decir “hola”, “adiós”, “buenos días”, “buenas noches” y muchas otras. Verdaderamente, ¿para qué son las palabras superfluas y los deseos?! Nunca van a escuchar aquí palabras vacías. Aquí hablan solamente cuando hay algo que decir o algo que preguntar. Si dos personas están juntas, no es obligación tener diálogo. Aquí la gente no tiene vergüenza de estar callada, y no hay necesidad de atender las visitas con charlas vulgares, rompiéndose la cabeza para decir algo y evitar una pausa en el diálogo.

Aquí nos damos la mano en el encuentro y despedida con conocidos; incluso, no hay costumbre de hacer la reverencia y sacarse el sombrero. ¡Es tan simple y nuevo vivir sin ceremonias!

Todos los asuntos de la comunidad los discutimos en la reunión, en donde participan todos sin excepción, a partir de la mayoría de edad, sin diferencia de nacionalidad, sexo o profesión. Hay un coordinador, a quien nosotros elegimos por un año, y por su trabajo él no recibe dinero, como en otros países del mundo. Recibe recompensa, pero no es dinero. Acá no existe el dinero. Las pocas monedas que traje conmigo aquí son absolutamente inútiles y, por consejo de List, las regalé al museo.

⁴⁵ Metro.

La unidad de valor es solamente la cantidad de trabajo que una persona puede producir en un día, en condiciones normales. Esta cantidad aquí se denomina “dila” que, traducida al ruso, sería “día trabajado”. Por ejemplo, si una comunidad tiene necesidad de trigo, pero tiene excedente de vegetales y frutas, hace una oferta de intercambio de bienes a otra comunidad que esté interesada en recibir vegetales y frutas. El precio de los bienes es en dilas, o sea, la cantidad de trigo que vale un dila es equivalente a la cantidad de verdura que vale un dila. El precio de los productos es fijado en las reuniones de los talleres y las comunidades, lo cual depende de la calidad de la mercadería.

La ganancia de diversos tipos de administradores, apoderados, profesores, gerentes, etc., también se estipula en dilas. Por enseñar a los chicos en la escuela, yo recibo 20 dilas por mes, que es lo que me ponen en un carnet. Al tener una cantidad de dilas, yo tengo la posibilidad de comprar en el negocio de la comunidad las cosas que necesito Y eso es muy justo, dado que trabajando una cierta cantidad de horas al día en la escuela yo no puedo trabajar en mi huerta tanto como trabaja mi vecino, y por eso no tengo la posibilidad de cultivar la cantidad de productos que sí puede cultivar un hortelano, el que no es interrumpido en sus trabajos con otras cosas.

En esta región bendita, en donde yo estaba deportado, no conocen la pobreza, pero tampoco hay exceso de abundancia. No van a encontrar ni ricos ni pobres, porque todos son iguales. No van a encontrar hambre, y en los años de mala cosecha tampoco hay hambre porque todas las comunidades y talleres tienen sus tiendas de alimentos en donde, en un momento de necesidad, está la posibilidad de que la gente que lo necesita reciba productos. Es muy simple la manera en que se hacen las reservas. Cada año, después de la cosecha, en la reunión se calculan los productos que cada familia debe mandar a las tiendas. Luego se calcula la cantidad de los productos que necesitan cambiar por otro producto. Por ejemplo: si nuestra comunidad tiene exceso de frutas secas, nuestra reunión se relaciona con el taller de los zapateros para cambiar exceso de frutas secas por zapatos. Esta aprobación la hacen los jefes y sus coordinadores.

En esta comunidad nunca se escucha hablar sobre cualquier tipo de crímenes. Debido a que no hay ni pobres ni ricos, no hay motivos para robar ni asaltar, y por esto no hay necesidad de jueces, ni de procuradores, ni de abogados. Y si aparecen

casos de carácter de demanda civil, estos se resuelven en juicios de arbitraje⁴⁶, y sus resoluciones son acatadas sin discusión.

Y si por un lado, en esta región, no hay jueces, policía, ejército, ni parásitos de este género, por otro lado tenemos muchos espacios culturales y educativos. En cada comunidad se han organizado escuelas, y en otras hasta museos y bibliotecas. Es obvio que es un poco difícil obtener nuevos libros, ya que está la dificultad para traerlos desde afuera. La forma en la que ingresan nuevos libros es a través de los que traen los nuevos deportados. En la región, una parte de los libros ya está reimpressa porque, con el esfuerzo de los habitantes, se están instalando tipografías y algunas litografías. En las bibliotecas y en los museos, los habitantes pasan las horas de descanso de la tarde y los días no laborales (un día y medio a la semana nadie trabaja).

Algunas veces se arman excursiones a una comunidad o a un taller vecino, y también paseos por los bosques y las montañas. Frecuentemente, solía pasear durante todo el día para estudiar plantas e insectos que eran todavía desconocidos para mí. Me sentía particularmente atraído por las montañas rocosas más altas, a pocas millas de nuestra comunidad. Yo decidí ir allí para investigar mejor las características de los distintos suelos montañoses, con su flora y su fauna ¡Qué imagen magnífica se abrió ante mí, cuando me acerqué al pie de la montaña! A pesar de que las rocas eran muy empinadas, estaban totalmente cubiertas de un bello verde. ¡Y estaba murmurando el arroyito, con un agua que es cristalina, transparente y fría como el hielo! Imposible imaginar otra bebida que pueda compararse con esta agua de manantial. En lo que a mí respecta, yo no cambiaría esta agua ni por champagne ni por vino de cualquier gusto. ¡Pero qué flor divina vi allá arriba! De la grieta de la roca salió el arbusto cubierto con las hojas aterciopeladas; la punta de la rama está decorada con unas flores doradas silvestres, y la forma era parecida a los crisantemos, pero más grandes ¿Cómo llegar a estas flores para disfrutar su aroma, para ver mejor su forma original y para arrancar una de sus ramas para mi colección y para una investigación más detallada en mi casa? Seguramente había un camino. Desde el pie de la roca hasta su cúspide debía haber solamente unos 9 o 10 metros, y yo decidí probar con trepar hasta allí. Empecé mi ascenso agarrándome de los arbustos y apoyando las

⁴⁶ Tipo de juicio en el que las dos partes litigantes eligen de común acuerdo a un tercero, que actúa como árbitro.

puntas del pie sobre las rocas que salían. Poco a poco estoy acercándome a la flor. Verdaderamente, mi cara y mis manos están arañadas por piedras y arbustos. Pero en unos instantes voy a estar con mi objetivo. Ya siento el sorprendente aroma de la flor, y con una mano agarro el tallo de la flor. ¡Pero es muy duro, y no es tan fácil arrancarlo! Hago una fuerza enorme, arranco el tallo; la flor está en mi mano. En ese momento pierdo el equilibrio y, con la flor agarrada por mi mano, con el miedo a perderla, yo caigo y ruedo como un tronco hacia abajo, y me golpeo con arbustos espinosos, con piedras que van cayendo también conmigo...

En este momento desperté, ¡y me costó bastante tiempo comprender que yo, de nuevo, estaba en un mundo de violencia, de dictadura policial, de opresión de la gente trabajadora!

¡Sí, sí! No hay ninguna duda de que todo lo que vi era solamente un sueño. Y me acordé de una poesía antigua que terminaba con los versos:

“¡Oh, si yo tuviera la posibilidad
no despertaría jamás!”

Noviembre de 1932

Abuelita Matriona

(de los recuerdos de niñez)

Alejo Abutcov

Publicado (en ruso) en la revista *Seiatel / Sembrador*, 6 (agosto de 1934), pp. 8-10.

En la aldea donde yo nací y crecí, durante los tiempos de mi niñez y adolescencia, había en el borde una gran isba⁴⁷ en donde vivía una respetable anciana, que era sinceramente amada por muchas personas. Nosotros, los niños, la llamábamos “abuelita Matriona”⁴⁸. Yo tengo recuerdos muy cálidos sobre ella, que quiero compartir con los lectores, ya que gente como ella no es fácil encontrar, y menos en nuestros tiempos, cuando los corazones de la gente se han endurecido en la lucha por sobrevivir, por la ambición de acaparar, por el egoísmo, por la soberbia y por el odio al prójimo.

Nosotros no sabíamos el verdadero nombre de la anciana, y además no nos interesaba. Cuando decíamos "abuelita Matriona", todos sabíamos quién era. Solamente después, cuando yo ya era un joven, supe que su apellido de soltera era Korsakova, que cuando era joven su nombre era Liudmila Ivanovna, y que su apellido de casada era Zimmninskaia.

La isba donde ella vivía, vista desde afuera, era la típica isba de campesino, pero tenía diversos tipos de mejoras. Por ejemplo, el techo era de metal de color verde, las ventanas eran grandes y con postigos, y el fundamento era de ladrillos. Tenía tres habitaciones, una cocina y una despensa. Adelante de la isba había un jardín

⁴⁷ Vivienda rural de madera, típica de Rusia.

⁴⁸ Matriona es un nombre femenino típicamente ruso.

pequeño con frutales, y atrás de ella una gran huerta que era de casi una desiatina⁴⁹.

A continuación me acuerdo de la abuelita Matriona, y yo veo como si fuera ahora el cálido interior de su casa. La pared, siempre de blanco immaculado; el piso, impecablemente limpio; en las ventanas, hermosas plantas en macetas de cerámica. En las paredes, con marcos muy simples, había retratos de escritores rusos y extranjeros. Los niños, cuando visitaban a la abuelita Matriona, siempre miraban con curiosidad y detalladamente a los retratos, y preguntaban insistentemente sobre el apellido de los escritores que estaban allí. La anciana, con mucho placer, les contaba sobre la vida de los escritores, y a veces sacaba de una biblioteca, que estaba en la esquina de la entrada, un librito que fuera accesible para los niños, y les leía pequeños fragmentos de las obras de los grandes escritores.

La apariencia de la abuelita Matriona era muy agradable. Ella era de una contextura mediana y, a pesar de su edad, no perdía todavía los rasgos de su belleza. Yo me acuerdo que todavía no tenía casi canas, y en la cara se veían muy pocas arrugas. Los ojos era marrones oscuros, casi negros, con una mirada asombrosamente bondadosa y pensativa. Me gustaba mirar fijamente a estos ojos: sentía como que me acariciaban, y que le daban calor a mi alma de niño.

La abuelita Matriona no era una aldeana típica. A mí me contaron la historia de cómo apareció en la aldea. Ella tenía 18 años y era estudiante, y se casó por amor con otro estudiante que era un poco mayor que ella. Después del casamiento, los jóvenes no terminaron sus estudios, y se vinieron a vivir a la aldea. En este período, entre la *intelligentsia*⁵⁰, había una moda que se llamaba "ir hacia el pueblo"⁵¹, con la meta de mezclarse con el pueblo trabajador para buscar la "simpleza". Nuestra aldea recibió a los extraños y les dio la tierra para que

⁴⁹ La desiatina es una antigua unidad de medida de superficie, y equivalía a algo más de 1 hectárea (10.926,512 metros cuadrados).

⁵⁰ *Intelligentsia*, o *intelligentsia*, era el término con el cual se designaba en Rusia a la clase social compuesta por intelectuales y grupos de personas interesados por la difusión de la cultura.

⁵¹ El movimiento de "ir hacia el pueblo", o "yendo hacia el pueblo", fue característico de la *intelligentsia* rusa. Fue un movimiento político de masas, que comenzó formalmente en 1873 (aunque estas ideas venían gestándose desde la década anterior) y fue reprimido por el régimen zarista en 1874.

cultivaran y se construyeran una casa. No obstante, el joven esposo tenía una salud frágil y no sobrevivió mucho. Él, que no tenía la capacidad para el duro trabajo de la tierra, enfermó y murió, y quedó la viuda con un pequeño hijo. Este se convirtió en un fracasado y en un hijo desagradecido, ya que no tenía capacidades para ningún trabajo y, en la primera oportunidad, se fue de la casa de su madre y desapareció. Desde esos tiempos, la abuelita Matriona empezó a dedicar toda su vida al servicio del prójimo.

Durante mi niñez, cuando mi madre empezaba a cocinar o a dedicarse a otros quehaceres, yo me fugaba de casa para ir a lo de la abuelita Matriona. Como siempre, allí encontraba a otros chicos que también se habían fugado de sus casas para ir a visitar a nuestra querida anciana. Ella recibía a los pequeños visitantes con todo su corazón, pero sin dejar sus quehaceres. Nosotros siempre la encontrábamos ocupada con el trabajo: o con su huerta, o preparando comida, o lavando, o limpiando los gallineros, etc. Si estaba la posibilidad, yo participaba con muchas ganas de estos trabajos: desmalezaba en la huerta, recogía las frutas que caían de los árboles, buscaba huevos en el gallinero; en una palabra, ayudaba a la abuelita con todas mis fuerzas infantiles. Ella nos ofrecía *lepioshki*⁵², *vatrushki*⁵³ o *pirogui*⁵⁴, que cocinaba con maestría. Si no había *pirogui* o *vatrushki*, ella ofrecía frutas o *varentsy*⁵⁵. Para nosotros, todo eso era muy delicioso, y comíamos, como se dice, “hasta hartarnos”, por lo que cuando volvíamos a casa no había ninguna posibilidad de tocar nuestra comida, lo que decepcionaba a nuestras madres. La abuelita Matriona era querida no solamente por los niños, sino que también era muy profundamente respetada y merecedora de simpatía entre los aldeanos de nuestra aldea y de las aldeas vecinas. Ella se esmeraba para hacer algo bueno, necesario, y cada persona que necesitaba ayuda acudía primero a la abuelita Matriona. Si una aldeana estaba por dar a luz, acudía a la abuelita Matriona para que la reemplazara en sus tareas del hogar: preparar la comida, cuidar a los niños, ordeñar las vacas; o sea, hacía todo el trabajo de la parturienta. Si alguien se enfermaba y necesitaba de atención, la abuelita Matriona hacía de enfermera. Algunas veces, alguien simplemente necesitaba ayuda en su trabajo, y en ese caso

⁵² La *lepioshka* es una especie de pan plano.

⁵³ La *vatrushka* es un pastel en forma de rosca, con queso quark (*tvorog*, en ruso) en el centro.

⁵⁴ El *pirog* es una tarta de masa rellena con ingredientes que pueden ser dulces o salados.

⁵⁵ El *varenets* es un producto ruso, en base a leche fermentada.

ella siempre ayudaba según los límites de sus fuerzas. Pero a la abuelita Matriona, así como siempre aparecía para ayudar, era imposible arrancarla para “ir de visita”. Nunca nadie la vio en casamientos, funerales, comidas de exequias⁵⁶ o cumpleaños. Esto era una de sus "rarezas".

Otra rareza suya, que los aldeanos no entendían, era su odio por el dinero o, como decía la abuelita Matriona, “el vil metal”. En su casa nunca había dinero, y por eso nunca compraba y nunca vendía. No lo necesitaba, porque todo lo necesario para la vida ella lo cultivaba o lo hacía con sus manos: vegetales, frutas, leche, huevos, miel, lienzo, zapatos, etc. Lo único que ella no cultivaba en su campo era el trigo y el centeno, y dado que todas las aldeanas se sentían en deuda con ella, siempre le daban o harina, o granos de trigo, por lo que ella siempre tenía pan.

Nunca nadie la vio en la iglesia. Ella no asistía no porque no fuera religiosa, sino porque las misas y los rituales no eran para ella necesarios; y no solamente eso, sino que pensaba que iban en contra de las enseñanzas cristianas. Pero a ella no le gustaba hablar sobre temas religiosos, y no quería imponer sus ideas. Con la iglesia de la aldea vecina, a cuya parroquia pertenecía nuestra pequeña aldea, ella tenía amistad, y el párroco la respetaba a ella no menos que a nuestra aldea. Ella se autodeclaraba cristiana, y el Evangelio era su libro amado y preferido. Por lo que yo me acuerdo, la abuelita Matriona trataba verdaderamente, en su vida propia, de seguir las enseñanzas de Cristo sobre el amor al prójimo. Casi no había nada que ella no estuviera dispuesta a hacer para ayudar a su prójimo.

Ella sentía un amor excepcional por los niños. Algunas madres no tienen la capacidad para amar a sus hijos en la forma en que la abuelita Matriona amaba a los niños, sin excepción. Ella los acariciaba, les ofrecía delicias caseras, jugaba con ellos, les enseñaba el alfabeto, les leía, les contaba cuentos; en una palabra, era como la segunda madre para nosotros. Y si alguno de nosotros hacía una travesura por la cual nos debería corresponder una penitencia, como un coscorrón, un tirón de orejas o unas palmadas en las nalgas, en ese caso buscábamos defensa en la abuelita Matriona. Generalmente, ella podía arreglar eso con los padres furiosos ¡Y qué alegría cristiana se veía en la cara de esa mujer bondadosa!

⁵⁶ Dentro de la tradición rusa, es una costumbre muy arraigada la de la organización, por parte de la familia de un difunto, de una comida colectiva en su honor, generalmente en su casa.

Lo más sorprendente en el carácter de la abuelita era su capacidad para actuar de igual manera con toda la gente. Ella siempre decía que cada persona que se autodeclara cristiana debe amar a todos por igual. No debe haber ninguna excepción. A mí me contaron un hecho que atestiguó cómo la abuelita Matriona trataba de seguir estas ideas en la vida. Cuando una vez su hijo se enfermó seriamente, debía darle leche. En la casa quedaba solamente un litro de leche, que reservó para darle a la noche. Pero a la tarde vino una vecina corriendo, a quien también se le había enfermado su hijo y, para salvar la vida del hijo de la vecina, debía darle leche inmediatamente. Nadie en la aldea tenía leche, ya que todavía no traían las vacas de pastar y, por lo tanto, nadie las había ordeñado aún. Entonces, la abuelita Matriona, sin dudar, le dio toda la leche que tenía, aunque su sentimiento maternal le decía que debía preferir a su propio hijo.

Característico es su relato sobre el "pecado" que ella cometió después de algunos años de quedar viuda. A la escuela de nuestra aldea enviaron a un joven maestro. Él conoció a la todavía joven abuelita Matriona. Sin buscarlo, ellos se enamoraron mutuamente. El maestro se le declaró... El corazón de la viuda joven y solitaria, que había permanecido después de la muerte de su esposo en un ambiente rural extraño, empezó a latir fuertemente. La sangre joven entraba a jugar, y la empujaba para que fuera a encontrarse con la felicidad que se acercaba... Pero, de manera inesperada para el novio, la abuelita Matriona se negó a casarse con él. Ella sintió que su enamoramiento se iba a transformar en un amor más fuerte que el del amor hacia el prójimo. La conciencia de esto era mayor que su atracción por él y que su deseo de una felicidad familiar. La abuelita Matriona, como respuesta, abrazó a su novio, besó fuertemente sus labios, y dijo llorando:

- "¡Mi querido, mi adorado! Créeme que yo te amo tan fuertemente como nunca he amado a nadie. Yo sé que nosotros podríamos ser muy felices. Pero no puedo casarme contigo. No puedo, no puedo... ¡Perdóname, querido mío, y olvídate!".

Con estas palabras ella corrió de su casa, y volvió a la aldea muy tarde, recién cuando todos se habían ido a dormir... Lo que ella sintió, lo que ella sufrió esa noche, el lector podrá imaginarlo fácilmente si a través de todo este escrito entendió qué nivel de amor tenía esta mujer. A partir del día siguiente, los enamorados casi no se vieron; y si alguna vez se encontraban, se cruzaban rápidamente cada uno para su lado, y murmuraban un saludo. El maestro pidió trasladarse a otra provincia y, con su salida, para la abuelita Matriona fue más fácil curar las heridas de su corazón.

Cuando cumplí 9 años, mi papá me mandó a la capital de la provincia, en donde yo ingresé al gimnasio⁵⁷. Cuando terminé de cursar en el gimnasio, me fui a Moscú para seguir mi educación en la universidad. Durante todos mis años de estudio yo no tuve la oportunidad de ir a mi aldea querida. Solamente luego de egresar fui a visitar a mis padres y, obviamente, lo primero que pregunté era si la abuelita Matriona estaba viva. Ahí yo me enteré que ella había muerto hacía dos años, muy vieja, silenciosamente, terminando con sus días felizmente. Mi padre me contó que murió sin dolor. Antes de morir, ella fue a ayudar a una aldeana que sufría fuertes dolores de parto. Cuando la parturienta por fin dio a luz y sintió alivio, la abuelita Matriona volvió a su casa para descansar después de varias noches sin dormir. Se acostó, y se durmió para siempre.

Yo deseaba visitar su tumba, y fui al cementerio. Una de las jóvenes aldeanas se ofreció a llevarme hasta allí. Sobre su tumba había una cruz de madera muy humilde, con una corona de flores metálicas. Alguien (me imagino que uno de los jóvenes de la aldea) clavó un epitafio de lata, en donde, con pintura negra, estaba escrito: "Descanse en paz, querida abuelita Matriona".

Noviembre, 1933

Carmensa F.C.O.

⁵⁷ Efectivamente, Abutcov ingresó al Gimnasio Clásico de Simbirsk con 9 años de edad, cuando lo habitual era que los alumnos ingresaran con 10 años o más.